

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CONSOLAR AL TRISTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1868.

12

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegación y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventajas.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contraste s.
Gatolina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cruz y cruz.
Dos sobrinos centra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Dónde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
'Está loca

En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rescar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filósofo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El ama del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
Ei que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes...
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El Merato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diabolo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la l
Herencia de lágrima
Instintos de Alarcon
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chi
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos es
Los dos inseparables
La pesadilla de un c
La hija del rey Ren
Los extremos.
Los dedos huespedes
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muerta
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Londres
Los amantes de Ter
La verdad en el espe
La banda de la Cond
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitanilla de Mad
La Madre de San Fe
Las flores de Don Ju
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuori
La bolsa y el bolsill
La libertad de Flor
La Archiduquesita.
La escuela de los an
La escuela de los pe
La escala del poder
Las cuatro estacion
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La niña Iris.
La dicha en el bien a
La mujer del pueblo
Las bodas de Cama
La cruz del misterio
Los pobres de Madr
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castill
La calle de la Mont
Los pecados de los p
Los infiles.
Los moros del Riff.

CONSOLAR AL TRISTE.

CONSOLAR AL TRISTE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

IMITACION DE PONSARD,

POR

D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada por primera vez en Madrid, con gran aplauso, en
el teatro de Novedades el 6 de Noviembre de 1868.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

LA MARQUESA, viuda joven.	Doña ROSA TENORIO.
LUISA, costurera.....	ELISA MENDOZA.
LA TIA LORETO, prendera.	MICAELA ROCA.
JUANA, criada de la mar- quesa.....	GUERRA.
D. RAFAEL, ingeniero civil.	DON SEGISMUNDO CERVÍ.
EL BARON.....	RAMON BENEDÍ.
EL CONDE.....	JUAN MELA.
D. EDUARDO, banquero....	RICARDO GUERRA.
EL TIO SIMON, portero....	ACENSIO MORA.
PRÓSPERO, mayordomo del Conde.	N. CÓRCOLES.
UN NIÑO de 5 á 6 años....	Royo.
UNA NIÑA de 10 id.....	

Señoras, caballeros, criados, varios personajes mi-
tológicos.

La accion en Madrid: en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. *Gullon e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ELOCUENTE ORADOR DE LA DEMOCRACIA

SEÑOR DON CRISTINO MARTOS.

Queridísimo amigo: Cuando á principios de este año me fué prohibida por la censura borbónica la representacion de mi revista *Las aleluyas vivientes*, V., expatriado y fugitivo en territorio lusitano, hizo cuanto pudo por sacar allí á luz el desgraciado hijo de mi pobre inteligencia. Desde aquel dia me propuse dedicar á V. mi primera obra, como un testimonio de gratitud, y un recuerdo afectuoso de nuestra antigua y buena amistad. El condenado á diez años de presidio por revolucionario en 1857, tiene el derecho de llamar hermano al condenado á pena capital en 1866.

Reciba V., pues, esta dedicatoria como una prenda del fraternal cariño de su entusiasta admirador

José M. Gutierrez de Alba.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

CUATRO PALABRAS DEL AUTOR

Á LOS ACTORES QUE HAN ESTRENADO ESTA OBRA.

Á pesar de las muchas contrariedades con que hemos tenido que luchar para poner esta obra en escena, el triunfo ha sido completo. Gracias, amigos míos: también los artistas modestos, cuando tienen fe, verdadera aplicación, docilidad y buen deseo, superan las mayores dificultades.

Nada digo de la primera y distinguida actriz Doña Rosa Tenorio, porque, ocupando su puesto natural, lo ha llenado dignísimamente, así como D. Acensio Mora, Doña Micaela Roca y demás artistas que desempeñaban papeles proporcionados ó inferiores á sus fuerzas. No ha sucedido lo mismo con D. Segismundo Cerví y la Sta. Doña Elisa Mendoza: el primero, que no había ejecutado nunca un papel de galán en los teatros de Madrid, dudando de sí mismo, lo tomó con desconfianza, lo estudió con afán, y el público con sus aplausos desvaneció sus temores. Pero la verdadera heroína de la función, fué la Sta. Elisa Mendoza, digna hija de la Sra. Tenorio, que por primera vez pisaba la escena, y salió con un papel para el cual se necesitan gran corazón y clarísima inteligencia. Poseedora de estas dotes, con su rostro angelical y su voz penetrante y simpática, se apoderó del público é hizo derramar lágrimas hasta á las personas que más alarde hacían de no haber llorado nunca en el teatro.

En otras circunstancias la obra se hubiera sostenido en la escena por muchos días; hoy todo cede al gran interés

que con razon inspiran los asuntos políticos; ante ellos todo palidece, todo es efimero y pequeño; sin embargo, la obra tendrá vida, porque encierra un pensamiento, encarnado en la parte honrada de nuestra sociedad, que vosotros habeis interpretado fielmente. Gracias, pues, y adelante, que el talento y la aplicacion hacen verdaderos milagros.

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala de confianza elegantemente adornada, en casa de la Marquesa. Puerta al foro; puertas laterales. Chimenea á la izquierda, balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO SIMON, LUISA, luego JUANA.

SIMON. Bah! no te aflijas por eso,
que Dios, es verdad que aprieta,
pero no ahoga. Mi chica,
ya sabes tú que no es lerda,
y hará que te dé trabajo
la señora.

LUISA. Dios lo quiera,
al ménos por mi hermanita,
que hace un mes la tengo enferma,
y no alcanzan para nada
los tres reales que en la tienda
me pagan por la costura,
que un dia entero me cuesta.

SIMON. Pobre!... Aquí sale ya Juana.
¿Qué ha dicho? (Á Juana.)

JUANA. En mal dia llega.
Hoy está mal de los nervios;
le ha echado á mi compañera

- un regaño de lo lindo.
- SIMON. ¿Por qué?
- JUANA. No sé; porque reina,
como don Rafael dice,
mal aire. Si álguien se acerca
á hablarle, cuando se halla
de mal humor, no contesta,
ó manda que una se quite
al punto de su presencia.
- LUISA. ¡Cómo ha de ser! otro día
quizás...
- JUANA. Cuando esté de buenas,
le hablaré, y estoy segura
de que algo ha de hacer por ella.
- SIMON. No lo olvides, que á la pobre
la van faltando las fuerzas.
- JUANA. No lo olvidaré.
- LUISA. Mil gracias.
- SIMON. Yo, siempre que venga á verla...
- LUISA. Lo sé, y agradezco mucho
su buena intencion. ¿Se queda
usted, tio Simon?
- SIMON. Un rato.
- LUISA. Yo vuelvo á casa, no sea
que mi hermana se despierte;
que, cuando la voz esfuerza
en llamarme, tose mucho.
Adios, Juana. (Dándole la mano.)
- JUANA. Adios. Quisiera...
- LUISA. Ya lo sé. Dios te lo pague.
- SIMON. No hay que perder la paciencia.
Ánimo, que la fortuna
la pintan sobre una rueda.
Ni el bien ni el mal son eternos,
como decia mi abuela,
y no siempre estará el diablo
metido tras de la puerta.
(Acompaña á Luisa hasta la del foro y vuelve. Vá-
se Luisa.)

ESCENA II.

JUANA, el TIO SIMON.

SIMON. ¿Conque estás bien, hija mia,
en casa de la Marquesa?

JUANA. Sí, señor.

SIMON. Me alegro mucho.
Tu madre, como es tan terca,
cree que hay mucho trabajo...

JUANA. No, señor. Y aunque así fuera,
sabe usted que viuda y sola
es el ama, y para ella
somos, de escalera arriba,
tres criadas y dos doncellas.
No, el trabajo no nos mata.

SIMON. ¿Y el genio?

JUANA. Si se le lleva,
y amen se le dice á todo,
es... como el de otra cualquiera.
Hay dias que se levanta
de mal humor, y la pega
con todo el que va encontrando,
tenga motivo ó no tenga;
otros dias, de su estancia
no sale; y allí se emperra
y llora, y no hay quien la sufra;
viene el médico, la observa,
y dice que son los nervios;
y cuando va por la puerta,
exclama así, por lo bajo:
«caprichos! está tan buena
como yo!» Y como le pagan,
las visitas menudea.

Por lo demas, es un ángel;
va á pedir á las iglesias
limosna para los pobres...
y, en fin, tiene muchas prendas
que hace que todos la estimen.

SIMON. ¿Y siendo tan rica y bella
y tan jóven, en casarse

- de nuevo cómo no piensa?
- JUANA. No sé; pero no es por falta de novios que la pretendan.
- SIMON. ¡Hola!
- JUANA. Un conde y un banquero y un baron andan que vuelan por adivinarle el gusto; pero, á mi ver, no le petan. Si hay alguno que le agrade, segun tengo acá sospechas, es un señor, primo suyo, que ha poco llegó de América, y se llama... no me acuerdo... Sí, don Rafael de Saavedra.
- SIMON. ¿Alto? buen mozo?... de algunos veinte y ocho años ó treinta?
- JUANA. Sí, señor.
- SIMON. ¿Que es ingeniero?
- JUANA. Creo que sí.
- SIMON. ¡No me queda duda; el hijo de don Plácido!
- JUANA. ¿Le conoce usted?
- SIMON. Ya hay fecha. Nació estando yo en su casa sirviendo, y aun estuviera, si no me hubiese casado con tu madre. Una docena de años hay que no le he visto; le apuntaba el bozo apenas, y era ya un mozo que daba gusto el verle. Cuando venga, le dices: don Rafael, mi padre es Simon Rivera, el que, siendo usted chiquito, en sus brazos á la escuela lo llevaba... Ya verás, ya verás cómo se acuerda. É irá á verme, no lo dudes. ¡Caramba! ¡quien lo creyera, que al cabo de tantos años... ¿Se lo dirás?
- JUANA. De muy buena

gana; mas como es tan sério...
vamos, me dará vergüenza.

SIMON. ¿Sério él? Pues si cuando niño
estaba siempre de fiesta.

JUANA. Mucho debe haber cambiado,
porque ahora, cuando aquí entra . .
hasta á su prima regaña.

SIMON. Será en broma.

JUANA. Muy de veras.

(Se oye llamar.)

Llamando están. ¿Son las doce?

Mire usted, puede que sea...

Á esta hora todos los dias

suele venir. (Escuchando.)

SIMON. Dios lo quiera.

Le voy á dar un abrazo...

JUANA. Él es!

SIMON. Ya verás qué escena.

ESCENA III.

DICHOS, D. RAFAEL.

RAFAEL. (Entrando.) Buenos dias. ¿La señora
marquesa se ha levantado?

JUANA. Sí, señor.

SIMON. (Ap.) No se ha fijado.

¡Ah! qué buen mozo es ahora!

(Alto.) Señorito...

RAFAEL. ¿Qué se ofrece?

SIMON. Usted perdone si yo...

(Ap.) Y no tengo duda, no;

todo al padre se parece.

Le voy á hablar y enmudezco.

(Alto.) Como estoy ya viejo... ¿hen?

vamos, míreme usted bien,

á ver á quién me parezco.

¡Caramba, y qué moceton!

Y era usted tan chiquitito!...

RAFAEL. Esa cara...

SIMON. Señorito:

esta cara es de...

RAFAEL. (Abrazándole.) Ah! Simon!

- SIMON. (Fuera de sí.) Claro, yo bien lo sabia.
¡Pues no habia de conocer
á quien le ha visto nacer!
(Enjugándose los ojos.)
Llorando estoy de alegría.
- RAFAEL. ¡Quién se habia de figurar!
- SIMON. (Á Juana.) Ya lo ves, no me ha olvidado;
y veinte años de casado
hacen á un hombre cambiar.
- RAFAEL. ¡Veinte años ya! ¡Cómo pasa
el tiempo!
- SIMON. Como una nube.
Cuando yo bajo, usted sube.
- RAFAEL. ¿Y qué haces en esta casa?
- SIMON. Á la señora Marquesa
mi chica (Señalando á Juana.) sirviendo está,
y vengo á verla, y me da
tan agradable sorpresa.
- RAFAEL. ¿Conque es tu hija?...
- SIMON. Sí, señor.
- JUANA. Servidora...
- SIMON. Y otros tres
que me han nacido despues.
Esta es Juana, la mayor.
- RAFAEL. ¿Y en qué te ocupas?
- SIMON. En nada,
si he de decir la verdad.
Llegando un hombre á mi edad,
en todas partes enfada.
Un brazo se me rompió,
trabajando de albañil,
y como hay cuarenta mil
que son más fuertes que yo,
y tengo ya el pelo cano,
y la vista no muy buena,
y para cualquier faena
casi me falta una mano,
adonde quiera que llego
á pedir trabajo y pan,
dicen que no me lo dan
por ser viejo, y manco... y ciego
Viéndome en esta agonía,

- con cinco á quien mantener,
y sin tener que comer,
pretendí una portería;
y fué en tan buena ocasion,
que me la otorgó el casero.
Y aquí tiene usted un portero
que está á su disposicion,
- RAFAEL. Veo que el humor conservas.
- SIMON. ¿Qué he de hacer? ¿Me he de morir?
El hombre debe vivir,
aunque sea comiendo yerbas.
¿Hemos de pedir jamones
y faisanes y perdices,
si andan tantos infelices
con el hambre á bofetones?
Algunos conozco yo...
Pero eso no viene á cuento;
con pan estoy yo contento,
y mi familia. ¡Pues no!
- RAFAEL. Contento está con su suerte!
- SIMON. El mal tiempo pronto pasa.
- RAFAEL. Dime donde está tu casa...
- SIMON. Señor!...
- RAFAEL. Que quiero ir á verte.
- SIMON. (Á Juana.) En sabiéndolo tu madre
se vuelve loca, de fijo.
(Besando la mano á Rafael.)
¡Señor, Dios bendiga al hijo
que se parece á su padre!
- RAFAEL. ¿Dónde vives? (Sacando su libro de memorias.)
- SIMON. Yo no puedo
consentir...
- RAFAEL. Dime dónde es.
- SIMON. Bien, número ciento tres
de la calle de Toledo.
Es casa de vecindad.
- RAFAEL. No importa.
- SIMON. (Ap.) ¡Bendito sea!
Cuando mi esposa lo vea...
¡Jesus, qué felicidad!
- RAFAEL. En la fonda de Madrid
vivo; esas mis señas son.

(Le da una tarjeta.)

Si hay un apuro, Simon,
allá al momento acudid.

SIMON. Iré.

RAFAEL. Fuera en tí un delito...

SIMON. Bah! le digo á usted que iré.

¿Me deja usted que le dé
otro abrazo, señorito?

RAFAEL. Y un ciento. (Lo abraza.)

SIMON. Juro á mi nombre
que esta prueba de cariño... (Llorando.)

El que es bueno cuando niño
¿no lo ha de ser cuando hombre?

(Ruido fuera hácia la puerta derecha.)

JUANA. Ah! la señora Marquesa.

SIMON. Señorito, hasta otro día.

RAFAEL. Adios.

JUANA. Vamos.

(Empujándole suavemente hácia la puerta del foro.)

SIMON. (Que vuelve varias veces la cabeza.)

Sí, hija mía.

(Al salir.) Vale más oro... que pesa!

(Váse con Juana.)

ESCENA IV.

RAFAEL, la MARQUESA.

MARQ. Buenos dias, Rafael.

RAFAEL. Muy buenos. ¿Qué tal?

MARQ. Estoy...

así...

RAFAEL. Mira que me voy,

si hay nervios.

MARQ. Eres cruel!

RAFAEL. El verte de mal humor
ya sabes que no me agrada.

MARQ. Si soy lo más desgraciada!...

RAFAEL. ¿Por qué? dilo, hazme el favor.

MARQ. ¡Por qué! ¿Y tú me lo preguntas?

RAFAEL. Claro, porque no lo sé.

MARQ. Yo sola sufro más que

todas las mujeres juntas.

RAFAEL. (Riendo.) Estás ofendiendo á Dios
con tan infundada queja.

Di, ¿qué desgracia te aqueja?

Solos estamos los dos.

Permíteme aconsejarte
como pariente y amigo,
ó al ménos llorar contigo,
si es que no puedo aliviarte.

MARQ. Te ries de mi dolor,
porque tú no lo comprendes.

RAFAEL. Si tú misma no te entiendes!

MARQ. Si no me entiendo, mejor!

La cosa más irritante
y que más me mortifica,
es cuando se me predica
un sermón extravagante!

RAFAEL. No fué enojarte mi intento.

MARQ. Si fué ese tu intento ó no,
¿quién sabrá mejor que yo
lo que sufro y lo que siento?

RAFAEL. Vamos, hoy sopla mal aire.

(Tomando el sombrero.)

Mañana, luego quizás...

MARQ. Mira, Rafael, si te vas,
voy á tomarlo á desaire!

RAFAEL. (Soltando el sombrero.)

Me quedaré, si lo exiges;
satisfaré tus deseos;
pero dime, sin rodeos,
¿qué tienes? por qué te afliges?

Vamos. (Se sientan.)

MARQ. Tengo mil razones
para estar desesperada.

RAFAEL. Primera?

MARQ. Nadie hace nada
más que darme desazones.
Desde que me he levantado,
dió principio mi doncella.

RAFAEL. Vamos, dime: ¿qué ha hecho ella?

MARQ. Ya ves, cómo me ha peinado!

RAFAEL. Primer motivo. ¿El segundo?

- MARQ. Que esperaba hoy un sombrero...
- RAFAEL. Y no ha venido. ¿Tercero?
Ese será más profundo.
- MARQ. ¿Te burlas?
- RAFAEL. Hablo formal.
Tercero?
- MARQ. Me han roto el coche,
y no puedo ir esta noche...
- RAFAEL. ¿Adónde?
- MARQ. Al teatro Real.
- RAFAEL. ¿Cuarto?
- MARQ. Que un capricho leve,
que tengo desde anteayer,
lo quiero satisfacer,
y no hay medio.
- RAFAEL. ¿Quién se atreve?...
- MARQ. Mi... torpe administrador:
dice que mi renta baja,
y que no hay dinero en caja
más que el preciso.
- RAFAEL. ¡Qué horror!
- MARQ. Yo de convencerle trato,
porque otros no lleguen ántes:
es un collar de brillantes,
¡y me lo dan tan barato!
- RAFAEL. ¿Qué vale?
- MARQ. Una pequeñez;
cuarenta y dos mil y pico.
- RAFAEL. Mucho siento no ser rico,
siquiera por esta vez.
- MARQ. Porque sé que no lo eres,
delante de tí me quejo.
- RAFAEL. Quieres que te dé un consejo?
Oye y no te desesperes.
- MARQ. No quiero consejos, no;
pues de nada han de servirme.
Lo que quisiera es... morirme!
- RAFAEL. Mucho lo sintiera yo.
- MARQ. Luego, no ver á mi lado
más que gentes que me enojan
y objetos que me acongojan.
¡Qué mundo tan condenado!

Hasta ese viento maldito,
que los cristales conmueve,
los nervios me crispa! Y llueve!

RAFAEL. Sí.

MARQ. De ver llover me irrito!

RAFAEL. Felizmente el aguacero
no debe dar pesadumbre
á quien calienta esa lumbre.

(Señalando á la chimenea.)

En la calle estará á cero.

MARQ. Que fuera haga mucho frio
ó poco, nada me importa.

RAFAEL. (Levantándose.) Esta atmósfera conforta.
Voy á ver... (Asomándose al balcon.)

MARQ. Sigue?

RAFAEL. ¡Dios mio!

MARQ. Hasta el tiempo es ruin y aleve!
¡Qué invierno!

RAFAEL. Aquí no se nota.

Ven, asómate, Carlota.

Ahora lo que cae es nieve.

MARQ. Me es igual.

RAFAEL. Deja el *esplin*
y asómate á esta ventana.

Verás cómo se engalana
con la nieve tu jardin.

MARQ. Ya lo he visto.

RAFAEL. ¿Y no te gusta?

MARQ. Sí tal.

RAFAEL. Ven. ¡Cuánta belleza
tiene la naturaleza!

(La Marquesa se acerca al balcon.)

Ese manto...

MARQ. Á mí me asusta.

(Vuelve á la chimenea.)

RAFAEL. (Volviendo al lado de la Marquesa.)

Di. El ver tu jardin nevado,
¿qué ideas despierta en tí?

MARQ. Ninguna.

RAFAEL. Tú hablas así,
porque no has reflexionado.
Al mirar cómo blanquea

el suelo, apuesto á que dices:
«¡No tienen los infelices
butacas ni chimenea.»

Si el más riguroso invierno
tiene sus goces aquí,
lo que es gloria para mí,
es para otros un infierno.

MARQ. Rafael, que estás imagino
burlándote...

RAFAEL. No, á mi fé.

Oye, y te presentaré
un contraste peregrino.
Cuando en pieles perfumadas
ocultas tus manos bellas,
hay quien no puede usar de ellas
por el frio agarrotadas.

Cuando cruzas en tu coche
por las calles de la villa,
hay quien gime en su buhardilla
velando toda la noche,
sin dar treguas á su afan,
con el corazon deshecho,
sin un abrigo, sin lecho,
y á veces hasta sin pan.

Mientras tú inventas pesares,
tan frívolos como vanos,
rompen otras con sus manos
los hielos del Manzanares.

De un pobre salario en pos
van, por tí, ¡miseros séres!

Carlota, y esas mujeres
son tambien hijas de Dios!

Ahora tu talento arguya,
y en tu posicion repara.

Si eres infeliz, compara
tu desgracia con la suya. (Pausa.)

MARQ. De darme así pesadumbre
tratas con tanta dureza.

Distinta naturaleza
forma en ellas la costumbre.

RAFAEL. Á lo bueno, yo lo fio,
muy fácil es amoldarse;

mas ¿quién puede acostumbrarse
á tener hambre ni frio?

MARQ. Yo deploro y con razón
que haya suertes tan distintas;
pero ese cuadro que pintas
es una exageracion.

Así está la sociedad;
pero en cambio de esos males,
hay las juntas parroquiales
que ejercen la caridad.

Aunque á los ricos les sobre,
¿nosotras no les pedimos?
¿Presurosas no acudimos
siempre al socorro del pobre?
Para el enfermo hay consulta;
para todos hay piedad...

RAFAEL. La mayor necesidad
es la que está más oculta!
¿Cómo quereis descubrir
la verdadera afliccion,
si hay quien muere en un rincon
sin atreverse á pedir?
Santo y noble es el deber
que esa asociacion se impone;
pero ¿quién remedio pone
á un mal que no alcanza á ver?

MARQ. Y bien; ó yo no me explico
lo que tú quieres decir,
ó es preciso repartir
al pobre lo que es del rico.

RAFAEL. De lo que es preciso hacer,
si hablara yo, fuera en vano.
Dios ha dejado al cristiano
un libro donde aprender.

MARQ. Mira, Rafael, esas son
vulgares declaraciones,
que suelen en ocasiones
tener visos de razon.
Pero, si el mundo es así,
¿qué le hemos de remediar?
¿Nos es dado variar
sus formas á tí ni á mí?

Que el pobre gana á destajo
su vida; y eso qué importa,
si á la larga ó á la corta
paga el rico su trabajo?

RAFAEL. (Con amargura.)

Dices muy bien, prima mia...

MARQ. Tú con tu buen corazon
aplicas á esa cuestion
la moderna algarabía.
Y aunque talento te sobre,
das un valor ideal
á esa lucha artificial
que hay entre el rico y el pobre.

RAFAEL. Lo que me ha hecho comprender
mi experiencia, poca ó mucha,
que obra mal el que no escucha
los gritos de su deber.

MARQ. ¿Y hay más?

RAFAEL. Que la indiferencia
por los agenos dolores
suele cubrirlos de flores
para negar su existencia.
Prima... doy por acabado
mi sermon serio y profundo.
No sé si el que así ve el mundo
es dichoso ó desdichado.
Volvamos á la cuestion
sobre tu destino esquivo,
á ver si hay otro motivo
que agrave tu situacion.

MARQ. Te parecerán extraños;
pero hay otro... muy cruel.

RAFAEL. Veamos cuál.

MARQ. Hoy, Rafael,
cumpló veintisiete años!

RAFAEL. ¿Y qué?

MARQ. ¿Y qué? que esta mañana,
al peinarme mi doncella...
de mi edad la triste huella...
encontró...

RAFAEL. ¿En qué?

MARQ. En una cana!

Ya ves si fundo mi queja,
pues mi juventud va en fuga:
hoy, cana; mañana, arruga;
dentro de poco, una vieja!

RAFAEL. ¿Y en qué te puede afectar
que obre así el tiempo importuno,
si tú dices que á ninguno
te propones agradar?

¿Qué te asusta en la vejez
para abrigar pena tanta?

MARQ. Es que, jóven, no me espanta
mi estado de viudez;
pero si miro á lo lejos,
me asusta la soledad.

Cual de una calamidad
huyen todos de los viejos!

RAFAEL. Tu confesion, prima mia,
manifiesta claramente
que ese temor se resiente
de algo de coquetería. (Se oye llamar.)
¿Me he equivocado?

MARQ. Tal vez.

No sé si en eso consiste;
pero debe ser muy triste
verse sola en la vejez.

RAFAEL. Parece que siento hablar...
Álguen entra en el salon.

MARQ. Ya lo oigo, si; es el Baron,
á quien envié á llamar.

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON.

BARON. Á los pies de usted, Marquesa.
Amigo don Rafael!

RAFAEL. Señor Baron!...

MARQ. Buenos dias.

BARON. ¡Qué manera de llover!
Están las calles que asustan.
(Á la Marquesa.)

No habrá usted salido, ¿eh?

MARQ. Ayer se me ha roto el coche.

BARON. El mio le dejaré.

MARQ. Gracias Si lo necesito
tomaré uno de alquiler.
Lázaro los tiene buenos.

BARON. Nunca lo consentiré.

RAFAEL. ¡Qué tiempo!

BARON. Hace mucho frio.

RAFAEL. Mucho.

BARON. Á pesar de la piel
lo he notado, sobre todo
en las manos y en los piés.
Aunque uno es todavía jóven...

RAFAEL. ¿Por qué no se acerca usted?

MARQ. ¿Le dieron á usted mi carta?

BARON. Por ella me levanté
más temprano, y he venido
su mandato á obedecer.
Voy á sentarme un momento...

MARQ. No.

BARON. Pues no me sentaré.

MARQ. (Dirigiéndose á un secreter y sacando una carta.)
Necesito que esta carta
vaya al momento á Aranjuez.

BARON. La dejaré en el correo
yo mismo, si es menester.

MARQ. Para eso no me valdria
de su amistad.

BARON. Ya, ya.

MARQ. Es que...

lleva una sortija dentro
que es necesario poner
en manos del individuo
que indica el sobre.

BARON. Conque es...
para un...

MARQ. ¿Pues hablo yo en griego?
Allí le encontrará usted.

BARON. ¿Y no es igual que la envíe
por una persona fiel?...

MARQ. Baron: usted tiene hoy
la inteligencia al revés.

BARON. Como está el tiempo tan malo!...

- Es lo más fácil coger
un reuma, una pulmonía...
- MARQ. Galante está usted á fe.
Para servir á una dama
hay que consultar ¡par diez!
el termómetro? Bien veo
que á su edad es menester
guardar ciertas precauciones...
Vaya usted á tomar un té
y á arroparse, hasta que deje
de nevar ó de llover.
Hoy para enviar mi carta
un jóven encontraré,
á quien el reuma no asuste.
Si tiene usted algo que hacer...
- BARON. Nada más que complacerla;
y en ello le probaré...
Venga la carta. Yo mismo...
- MARQ. Es que á las dos sale el tren.
- BARON. Tirana! ¿Quién se resiste?...
Pero es usted tan cruel!
- MARQ. Que está usted perdiendo el tiempo!
- BARON. ¿Y á mi vuelta encontraré?...
- MARQ. Mi enojo, si más se tarda.
- BARON. ¡Ay, Marquesa, qué papel
hace quien ama de veras!
En sabiendo una mujer
que el hombre tierno la adora,
se hace implacable con él.
Yo conozco que me humillo;
pero por hacerle ver
lo mucho que la idolatro,
cuanto usted me mande haré.
- MARQ. Que faltan veinte minutos!
- BARON. Ya corro. (Saludando.) Don Rafael...
- RAFAEL. Buen viaje!
- BARON. La primita
abusa de su poder.
Señora...
- MARQ. Está usted buscando
que algun sofocon me dé!
- BARON. No, no; el esclavo obedece

y cumple con su deber.

(Hace que se va y vuelve.)

Adios, Marquesa!

MARQ. (Ap.) ¡Qué posma!

BARON. Adios! (Ap.) Me arroparé bien. (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos òl BARON.

RAFAEL. Dura y cruel has estado
con ese pobre Baron.

MARQ. Por él conocí á mi esposo,
que en gloria le tenga Dios,
y él paga las amarguras
que el difunto me causó.

RAFAEL. El lazo del matrimonio
no debe, esta es mi opinion,
echársele nadie al cuello,
sin que acompañe al amor
una esperanza fundada
de ser dichosos los dos.
Por eso el hombre no debe
hacer su declaracion,
hasta haber hecho un estudio
de la mujer.

MARQ. Eso no
es tan fácil. Cuando se ama...

RAFAEL. Se ahoga en el pecho la voz
que quiere salir; se espera
hasta hallar la conviccion;
y si esto no se consigue,
se busca el medio mejor
de evitar el precipicio.

MARQ. ¿Quién puede hacer eso?

RAFAEL. Yo.

MARQ. ¿Tú?

RAFAEL. Yo. Nadie en este mundo
abrigó en su corazon
un cariño más intenso
que el mio; nadie sintió
más penas al separarse
del objeto de su amor;

y sin embargo, Carlota,
busqué en extraña region
remedio contra mí mismo
y la ausencia me le dió.
Ella era rica; yo pobre;
niños ambos; mi afición
crecía; acaso ella misma
más de una vez lo notó;
y callé y sufrí, sin darle
á conocer mi dolor.

MARQ. Rafael!...

RAFAEL. Si vas á casarte...

MARQ. No lo pienso.

RAFAEL. ¿Por qué no?

MARQ. Porque temo que me salga
tan mal como el anterior.

RAFAEL. Estudia ántes...

MARQ. No es posible.

RAFAEL. ¿Cuántos pretendientes son
los que aspiran á tu mano?

MARQ. Tres, sin contar el Baron.

RAFAEL. Tres?

MARQ. Don Eduardo, el Conde...
y tú.

RAFAEL. ¡Yo!

MARQ. Tú.

RAFAEL. Por favor!

Yo te quiero... como prima.

MARQ. Mientes.

RAFAEL. ¡Chistosa aprension!

MARQ. Lo sé, pero no te ensanches;
lo conozco; sí señor;
pero no quiero quererte,
porque eres muy regañon
y reservado, y de mí
tienes muy mala opinion.

RAFAEL. Eso tal vez será cierto.

MARQ. Mi carácter es feroz!

RAFAEL. Tú lo dices.

MARQ. Soy violenta!...

Tengo siempre mal humor!...

RAFAEL. Si te casas, es posible

- que mudes de condicion,
si eliges bien.
- MARQ. ¿Cuál de todos
te parece á tí mejor?
- RAFAEL. El que mejor te comprenda.
- MARQ. ¿Cómo lo averiguo yo?
- RAFAEL. Hay un medio muy sencillo.
- MARQ. ¿Cuál?
- RAFAEL. Concede sin temor
un dia á cada uno de ellos,
que en ese dia los dos
procuren de mil maneras
cautivar tu corazon;
y al que adivine tus gustos
y te comprenda mejor,
hazle dueño de tu mano.
- MARQ. Aunque me digan que soy
extravagante, el recurso
acepto, con condicion
de que has de estar á mi lado.
- RAFAEL. Conforme.
- MARQ. ¡Extraña invencion! (Llaman.)
¿Y si ninguno consigue
agradarme? ¿Qué haré yo?
- RAFAEL. Entónces... quedarte libre
y viuda cual lo eres hoy.
- MARQ. ¿Y tú no entras en la prueba?
- RAFAEL. Si es tu gusto...
- MARQ. ¿Por qué no?
- RAFAEL. Pues bien, acepto mi turno
para despues...
- MARQ. Ellos son.

ESCENA VII.

DICHOS, D. EDUARDO, el CONDE.

- EDUAR. (Saludando.) ¡Oh! bellissima Marquesa!...
- CONDE. Señora!...
- MARQ. Muy bien venidos.
- CONDE. Amigo Saavedra!
- RAFAEL. Conde!
- EDUAR. Servidor... (Ap.) Me carga el primo.

CONDE. (Á la Marquesa.)
¿Y qué tal hoy de los nervios?

EDUAR. Con un tiempo tan inícuo,
supongo...

MARQ. Hace ya unos días
que no descanso ni vivo.
Á este (Por Rafael.) le estaba diciendo,
cuando ustedes han venido,
que estoy por marcharme á Italia,
á ver si allí encuentro alivio.

CONDE. Pero dejarnos!

EDUAR. Dejarnos!

RAFAEL. Eso es lo que yo le digo.
Si aquí distraccion no halla,
teniendo tantos amigos,
posible es que en suelo extraño
cobre su mal nuevos bríos.

CONDE. Sí, señor; es muy posible.

EDUAR. Ah! yo así lo pronostico.

MARQ. Aquí el invierno es tan largo!

RAFAEL. El tiempo siempre es larguísimo
para quien lleva una vida...
así... sin objeto fijo.

Pero es forzoso animarse,
y... mira, un medio imagino ..
un poco excéntrico acaso,
pero nuevo, y á más, digno
de tí y de cuantas personas
hoy constituyen tu círculo.

MARQ. No comprendo...

RAFAEL. Allá, en América,
hay un recurso magnífico,
que las damas de buen tono
ponen siempre en ejercicio
con un éxito admirable,
aunque es con otro motivo.

CONDE. Hable usted.

RAFAEL. Allí el talento
de invencion hace prodigios.
El ingenio es apreciado
más que en nuestro mundo antiguo,
y tanto ó más que el dinero,

presta al hombre sus servicios.
Siempre que á una dama bella,
cual satélites sumisos,
varios caballeros siguen
con amorosos designios,
la dama, ántes de inclinarse
al uno por más rendido,
al otro por más apuesto,
ó como aquí, al que es más rico,
pone de todos á prueba
ingenio y afecto unidos.

CONDE. ¿De qué modo?

EDUAR. ¿De qué modo?

MARQ. De curiosidad me pico.

RAFAEL. Allá va. La dama dice
á los dos, ó tres, ó cinco
que tratan de cortejarla
y esperan ser preferidos:
«Á cada uno de vosotros
un dia entero dedico,
para admitir sus obsequios,
en ese dia, exclusivos.»
Y ya el dia señalado,
por honor ó por cariño,
estudia el galan los medios
con que ha de abrirse el camino
al corazon de la dama,
ya sirviendo á sus caprichos,
ya hablando á su inteligencia,
ya halagando sus instintos.

CONDE. El medio es muy ingenioso.

EDUAR. Más que ingenioso, es divino.

MARQ. Sí; pero aquí no se trata...

RAFAEL. Si el objeto no es el mismo,
puede servir á lo ménos
de un agradable ejercicio
para distraer tus penas.

MARQ. Es verdad.

CONDE. (Á la Marquesa.) Yo le suplico
que acepte el plan.

EDUAR. (Id.) Yo, señora,
de su bondad solicito

mi puesto en ese certámen.
MARQ. Por mi parte, concedido.
CO DE. (Ap.) ¡Ah!
EDUAR. (Id.) ¡Ah!
CONDE. (Id.) Haré por deslumbrarla!
EDUAR. (Id.) Oro tengo; el triunfo es mio!

ESCENA VIII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Señora...
MARQ. ¿Qué hay?
JUANA La modista
espera allí. ¿Qué le digo?
MARQ. Que voy allá. (Váse Juana.) Caballerós,
me ausento con su permiso,
no sé si por breve rato...
CONDE. Mas quede ántes convenido...
¿Cuál es mi día, Marquesa?
MARQ. El lunes.
EDUAR. ¿Cuál es el mio?
MARQ. El martes, si á usted le agrada.
EDUAR. El martes... Es mal indicio...
MARQ. ¡Ah! que es usted fatalista.
EDUAR. Un poco.
MARQ. Lo diferimos
al miércoles.
EDUAR. Me acomoda.
MARQ. Para que malos juicios
nadie forme, en ambos días
me acompañará mi primo.
RAFAEL. Con mucho gusto, aunque debo
ser sólo mudo testigo.
MARQ. Por si adentro me detienen,
desde ahora me despido.
(Da la mano á los caballeros.)
CONDE. Conque... hasta el lunes.
MARQ. Conforme.
EDUAR. Y yo... hasta...
MARQ. Lo dicho, dicho.
Adios. (Á Rafael.) Si no tienes prisa,

quédate á almorzar conmigo.
(Váse la Marquesa.)

ESCENA IX.

RAFAEL, EDUARDO, el CONDE.

CONDE. ¿Y usted, señor ingeniero,
no aspira?...

RAFAEL. Pobre de mí!
Tiene poco ingenio aquí
quien tiene poco dinero.
Él es la única palanca
en que uno puede apoyar...
No me propongo luchar
con la grandeza y la banca.

CONDE. (Llevando ap. á Rafael.)
Segun eso, usted no tiene
interés en preferir...

RAFAEL. Ella, que lo ha de elegir,
verá el que más le conviene.

CONDE. Usted sabe que le estimo...

RAFAEL. Gracias.

CONDE. Es la simpatía.
Fuera yo feliz, si un dia
pudiera llamarle primo.

RAFAEL. Es mucho honor...

EDUAR. (Ap.) ¿Qué hablarán?

CONDE. Á usted, que tiene talento,
voy á decirle mi intento,
á ver si aprueba mi plan.
Es arriesgada la empresa,
y aconsejarme querria
de usted. ¿Qué la causaria
más asombro á la Marquesa?
Usted, que sabe su gusto,
puede mis planes guiar.

RAFAEL. Si usted la quiere asombrar,
lo mejor es darla un susto.

CONDE. Es decir, una impresion
fuerte.

RAFAEL. Me parece bien.

- CONDE. Ochenta músicos! cien!
que al entrar en el salon...
Será una cosa ideal.
- RAFAEL. De seguro eso alborota.
- CONDE. Y si cantantes de nota
llevo del Teatro Real...
- RAFAEL. Sí, por el canto se muere.
- CONDE. (Estrechándole la mano.)
Gracias! voy lleno de ardor...
(Va y vuelve.)
Hágame usted el favor
de que el otro no se entere.
- RAFAEL. Por mí... pierda usted cuidado.
- CONDE. Adios. (Ap.) Es tan natural
que triunfe de mi rival...
(Á Eduardo, dándole la mano.)
El reto queda entablado! (Váse.)

ESCENA IX.

RAFAEL, EDUARDO.

- EDUAR. (Con desden.)
Muchos sueñan, y sus sueños
realidades suponen!
¡Qué en ridículo se ponen
grandes que son tan pequeños!
(Á Rafael.)
¿Espera el triunfo?
- RAFAEL. Sí tal.
El Conde es mal enemigo.
- EDUAR. ¡Quiá! Para luchar conmigo
tiene poco capital.
- RAFAEL. Empeño grande ha formado...
- EDUAR. Es lo que le corresponde.
Harto se sabe que el Conde
está en extremo empeñado.
- RAFAEL. El epígrama es sangriento.
- EDUAR. Él lo ha hecho y yo lo he dicho.
Es un extraño capricho
verter el agua un sediento.
(Transicion.)

Mas no me gusta en el ocio
el tiempo desperdiciar.

(Con familiaridad.)

¿Me quiere usted ayudar
francamente en mi negocio?

RAFAEL. ¿Me dice usted... que si quiero...

EDUAR. Ayudarme francamente.
Para asegurar mi puente,
necesito un ingeniero.
El momento se aproxima,
y pues á tratar se va,
el ingeniero tendrá
veinte mil duros de prima.

RAFAEL. De prima dice usted?

EDUAR. Sí.

RAFAEL. De mi prima.

EDUAR. Usted no entiende...

RAFAEL. Sí; usted el negocio emprende
con ganancias para mí.

EDUAR. Será favor por favor.

RAFAEL. (Ap) No sé cómo no le mato!
(Alto.) Pero usted... busca en el trato
ingeniero ó corredor?

EDUAR. Uno y otro, si acomoda.

RAFAEL. (Ap.) Voy á llegar hasta el fin.

EDUAR. No soy un hombre ruin,
y me conviene esa boda.

RAFAEL. Ya veo que usted se explica.

EDUAR. Así la verdad se expresa.
Amo mucho á la Marquesa,
porque es jóven, bella...

EDUAR. Y rica.

EDUAR. Si he de decir la verdad,
ni á mí ni á ninguno amarga,
que en vez de ser una carga,
la adorne esa cualidad.

RAFAEL. Y bien; ¿qué puedo hacer yo
para que mi prima acceda?...

EDUAR. Ayudarme en lo que pueda,
y decir claro, sí, ó no.

RAFAEL. No tengo de ella poderes,
ni creo que los dará.

EDUAR. Su prima de usted será
como todas las mujeres.
Unas á otras se asemejan;
y si no hay un gran cariño,
son dóciles como el niño,
que obra segun le aconsejan. (Pausa.)
Si un regalo de entidad
le hago, ¿lo llevará á bien?
Porque ella tendrá tambien
su poco de vanidad.

RAFAEL. Es posible.

EDUAR. Es cosa llana
darle yo, si ella lo quiere,
un tren, que á todos supere
en la Fuente Castellana.
Á todo estoy decidido;
y en nada la ofende un hombre
si ofrece un regalo en nombre
del que ha de ser su marido. (Pausa.)
Conque... el puente es de los dos?
¿Qué contesta mi ingeniero?

RAFAEL. (Conteniendo apenas su indignacion, tomando el som-
brero de Eduardo, entregándoselo y señalándole im-
periosamente la puerta.)
Que tome usted su sombrero...
y que vaya usted con Dios!
(Eduardo, humillado, se dirige hácia la puerta y
cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.¹

Salon elegante y ricamente adornado en el palacio del Conde. Chimeneas encendidas, jarrones de flores, macetas con plantas exóticas, profusion de luces, grandes espejos y cuantos muebles puedan colocarse, sin que interrumpan el movimiento escénico, ni hagan degenerar el lujo y esplendidez en una confusion recargada y de mal gusto. En el fondo habrá tres arcos que dan á una galeria cerrada de cristales y adornada con arbustos y flores. Al través de los cristales de la galería se vé una calle de árboles del jardin iluminada profusamente. En el salon, en segundo término, puertas laterales. Al levantarse el telon atraviesan varios criados de librea en distintas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

D. PRÓSPERO, CRIADOS.

PRÓSP. (Á los criados, que se detienen á escucharle.)
Mucho cuidado, y que nada
falte en su tiempo y lugar.
Ya debe haber comprendido

1 Véase la advertencia puesta al final.

su obligacion cada cuál,
y no habrá que repetirla.

CRIADOS. No, señor.

PRÓSP. Muy bien está.

¿Vinieron todos los músicos?

CRIADOS. Sí, señor.

PRÓSP. Pues idos ya.

No hay que descuidar las luces
ni me dejéis apagar

los pebeteros. (Vánse los criados.)

Muy pronto.

á venir empezarán

los convidados, y el Conde
impaciente se hallará.

Si su objeto no consigue,
y se le llega á escapar

la mano de la Marquesa,
queda por siempre jamás

arruinado. Este alarde

de su grandeza, que ya
está próxima á su ocaso,

lo ménos le va á costar...

(Calculando.) Sí, le cuesta un disparate!

y como su caja está

agotada, y de pecunia

ha tiempo estamos tan mal,

á un empréstito oneroso

ha tenido que apelar.

Seis mil duros ha pedido:

añada usted al capital,

de réditos... diez por ciento...

al mes; dos que á mí me dan

por mi comision, y suma...

suma una barbaridad!

Ni con catorce mil duros

podrá esta deuda pagar. (Sacando un papel.)

Aquí tengo ya la lista,

por si, como es natural,

viene á pedírmela luego.

(Leyendo.) Lista en que se hace constar

el empleo de los fondos

que ha tomado en calidad,

de préstamo su excelencia
el Conde del Vendabal
para la fiesta del lunes.
Aquí por orden están
las partidas, y aún me quedan
algunas por apuntar.

ESCENA II.

D. PRÓSPERO, D. EDUARDO.

- EDUAR. Poca gente hay todavía
en los salones de afuera.
- PRÓSP. (Guardando el papel.) ¿Usted aquí, señorito?
- EDUAR. Hola! ¿qué tal, buena pieza?
- PRÓSP. Vamos pasando.
- EDUAR. Esta casa
debe ser ganga, y muy buena,
para tí.
- PRÓSP. Señor...
- EDUAR. La mia
abandonaste por ella...
No me ofendo; cada uno
atiende á su conveniencia. (Pausa.)
Y están muy bien los salones.
¿De quién ha sido la idea?
- PRÓSP. De su servidor humilde.
(Haciendo una reverencia.)
- EDUAR. Tienes talento; y si fueras
honrado, como eres listo...
- PRÓSP. Señor...
- EDUAR. No por eso temas
que aquí tus... debilidades
vaya á descubrir mi lengua;
tiempo ha que te he perdonado... .
- PRÓSP. Mi gratitud es inmensa.
- EDUAR. Dí. ¿Dónde ha buscado el Conde
recursos para esta fiesta?
Porque él, según se asegura...
- PRÓSP. (Confidencialmente.)
No hay en caja una peseta.
Se han tomado seis mil duros

- á rédito, y aún no llega
para el gasto de esta noche.
- EDUAR. ¿Y encontró quien se los diera?
PRÓSP. Á un doce por ciento.
- EDUAR. ¿Al año?
PRÓSP. Al mes, y con hipoteca...
EDUAR. ¿De qué?
PRÓSP. Hipoteca futura
de lo que tener espera,
si alcanza, como presume,
la mano de la Marquesa.
- EDUAR. (Riendo.) ¡Já! ¡já! Pobre prestamista!
PRÓSP. Segun eso, usted no piensa
que alcance...
- EDUAR. No; ántes tocára
con las manos las estrellas.
Dime: ¿qué papel es ese
que guardabas...
- PRÓSP. (Sacándolo.) Es la cuenta
de gastos...
- EDUAR. ¿Á ver? (Despues de leer.)
¿Qué objeto
tiene?...
- PRÓSP. Sólo el que la vea
el Conde, si me la pide.
- EDUAR. Sácame una copia de ella,
y búscame para dármela.
- PRÓSP. Señor... (Dudando.)
EDUAR. (Con autoridad.) Cópiala, y no pierdas
un momento. ¿Has entendido?
Como está; al pié de la letra.
- PRÓSP. Voy... (Váse.)
EDUAR. ¡Pobre Conde! No sabe
que ademas de las sorpresas
que por sí mismo prepara,
he de dar á la Marquesa
otra, que por lo imprevista,
será la más estupenda.

ESCENA III.

D. EDUARDO, el CONDE, señoras y caballeros.

CONDE. Todo lo más agradable
para recrear la vista.
Como tengo algo de artista...

EDUAR. (Volviéndose.)
¡Oh, Conde: esto es admirable!

CONDE. Lo cree usted?...

EDUAR. Sí en verdad;
todo cuanto he visto es bello;
todo tiene el mismo sello
de buen gusto y novedad.

CONDE. El tiempo ha sido tan corto
para hacer preparativos...

EDUAR. Esos son nuevos motivos...

CONDE. (Ap.) Le voy á dejar absorto.

EDUAR. Esto revela en el dueño ..

CONDE. Que hay empeño en agradar.

EDUAR. (Con intencioion.) Mucho debe usted cuidar
que no descubra el empeño.

CONDE. Al contrario; si en su honor
se ha organizado la fiesta,
la intencion es manifiesta,
y puede agradar mejor.

EDUAR. Yo, aunque rival, le prometo,
si me es posible, ayudar...
¿Qué carácter va uste á dar...
baile? ambigú?

CONDE. Es un secreto.

EDUAR. He visto llegar tres coches
cerrados con precaucion.

CONDE. Va á ser un cuento en accion...

EDUAR. ¿Sí?

CONDE. De las mil y una noches.

EDUAR. ¿De veras?

CONDE. Como lo digo.

EDUAR. ¿Una tras de otra sorpresa?
Me desanima en la empresa
luchar con tal enemigo.

- CONDE. Un Creso! no, por merced.
Seguro el triunfo contára,
si el rival que me depara
la suerte no fuese usted.
- EDUAR. Yo el triunfo alcanzar no espero.
- CONDE. Ó usted ó yo.
- EDUAR. Por mi vida,
no sé cómo usted se olvida
del primito, el ingeniero.
- CONDE. El primo! ¡qué disparate!
Conoce su posicion;
es modesto, y con razon
nos abandona el combate.
En empresas amorosas
en vano fortuna prueba
el pobre.
- EDUAR. Las hijas de Eva
suelen ser muy caprichosas.
- CONDE. Teniendo un poco de aplomo,
no es temible ese enemigo.
- EDUAR. Yo no las tengo conmigo. (Entra Próspero.)
- CONDE. Aquí está mi mayordomo.
(Á los caballeros y señoras.)

ESCENA IV.

DICHOS, PRÓSPERO.

- CONDE. Sírvanse ustedes pasar
al inmediato salon, (Mirando el reloj.)
que muy pronto la funcion
allí fuera ha de empezar.
(Vánse todos hácia el foro izquierda.)
- EDUAR. (Ap. á Próspero.)
¿Tienes la copia?
- PRÓSP. (Dándole un papel con disimulo.) Esta es.
- EDUAR. (Á los caballeros y señoras.)
Vamos, señoras, señores,
y admiremos los primores...
Señor Conde, hasta despues.
(Váse con ellos por el foro.)

ESCENA V.

PRÓSPERO, el CONDE.

- CONDE. ¿Está todo?
PRÓSP. Sí, señor.
CONDE. ¿Los músicos?
PRÓSP. Cada cual,
esperando la señal,
guarda su puesto de honor.
CONDE. *¿Hará efecto?
PRÓSP. *Muy profundo.
CONDE. *Mira que confío en tí
PRÓSP. *Dispuestas están allí
*las cuatro partes del mundo.
CONDE. *¿Y el baile?
PRÓSP. *Las mas galanas,
*que existen de polo á polo,
*están allí con Apolo.
(Señalando á la izquierda.)
CONDE. *¿Cuántas son?
PRÓSP. *Las nueve hermanas.
*Una escena peregrina,
*y que la va á sorprender.
*Ya se han ensayado ayer.
*Terpsícore está divina.
CONDE. *¿Y qué tal está la Aurora?
PRÓSP. *Celestial; parece un sol.
*Entre nubes de arrebol
*recibirá á la señora.
CONDE. Muy bien, Próspero, muy bien.
¿Y han compuesto las poesías?
PRÓSP. Hay tres agenas, dos mias.
CONDE. ¡Tuyas!
PRÓSP. Yo escribo tambien.
CONDE. ¿Y crees que han de llamar
la atencion?...
PRÓSP. Seguro estoy.
Peores se leen hoy,
no una ni dos, un millar;
y tienen por recompensa,

- entre bravos y palmadas,
ser á otro dia citadas
con encomio por la prensa.
De eso yo me encargaré,
al hacer la descripcion
de esta admirable reunion,
y algun trozo copiaré.
- CONDE. ¿Y han venido los autores?...
- PRÓSP. ¿Para leerlas? No, señor.
Las leerá por favor
cualquiera de esos señores.
Y si el anfitrión lo ruega,
demostrando cierto afán...
de vucencia las creerán...
Nadie á leerlas se niega,
(D. Eduardo al paño.)
- CONDE. ¡Ah! no sin razon te estimo. (Breve pausa.)
Tú, que eres inteligente,
dame la más... elocuente,
la haré leer á su primo
- PRÓSP. (Sacando varios papeles y examinándolos con rapidez.)
La más inspirada es esa.
(Dándole un pliego.)
Está escrita con primor.
Celebra en ella el autor
los ojos... de la Marquesa.
- CONDE. (Disponiéndose á leerla.)
Bravo! y es corta.
- PRÓSP. Sí; en ménos
versos no se escribe igual.
- CONDE. Hola, que es un madrigal.
Dice: «Ojos claros, serenos,
»si de dulce mirar son alabados...»
(Sigue leyendo para sí, y al acabar dice con asombro:)
Es una cosa divina!
¡Qué concepciones tan altas!
- PRÓSP. Ya! ya! (Ap.) Que le pongan faltas
á Gutierre de Cetina.
- CONDE. Aquí la voy á poner;
(Coloca el pliego detrás de un espejo de los que e

tán sobre las chimenea.)
y cuando la ocasion vea,
ruego al primo que la lea.
¡Qué papel le obligo á hacer!

(D. Eduardo desaparece.)

Mi mayor venganza es esa.

(Á Próspero.)

Nadie en talento te iguala!

(Se oye fuera una música estrepitosa, y aparece el jardín iluminado con una luz rojiza.)

La música! la bengala!

Ahí está ya la Marquesa!

(Váse corriendo por el foro derecha, seguido de Próspero. Continúa la música en el jardín. Apenas desaparecen, entra D. Eduardo por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

D. EDUARDO.

Buscando andaba un recurso
para poder publicar
lo que este papel contiene,
y ¡oh feliz casualidad!
me lo presenta admirable
este bello madrigal.

(Saca el papel de detrás del espejo.)

Quiere que lo lea el primo,
y hé aquí lo que leerá.

No es mucha la diferencia.

(Saca el papel que le ha dado Próspero y lee.)

«Lista en que se hace constar
»el empleo de los fondos
»que ha tomado en calidad
»de préstamo, su excelencia
»el Conde del Vendabal
»para la fiesta del lunes.»

(Coloca el papel detrás del espejo.)

Esta, esta sí que será
la verdadera sorpresa
de la noche. ¡Triste afán!
Este rasgo, de seguro,

va á hacer al Conde inmortal.

(Escuchando.)

Se acercan. Que aquí me encuentren
es necesario evitar.

(Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

La MARQUESA, el CONDE, D. RAFAEL, caballeros y señoras, que entran por el foro derecha, precedidos de una jóven con el traje mitológico de la Aurora, y que lleva en la mano una antorcha de luz rojiza. Esta, desaparece luego por el foro izquierda, y cesa la música. D. EDUARDO entra despues, incorporándose al grupo de los caballeros. Al final de la escena, varios Niños, Apolo y las Musas. ¹

RAFAEL. Esto, Conde, me presagia
ya la derrota funesta
de su rival.

MARQ. Pero ¿es fiesta
esto, ó comedia de magia?
La Aurora con su arrebol
me ha deslumbrado.

CONDE. Señora,
nadie, no siendo la Aurora,
puede recibir al sol.

MARQ. Donosa galantería.
(Buscando con la vista.)
¿Qué ha sido de ella?

CONDE. Se va.
Estando el sol aquí ya,
estamos en pleno día.

MARQ. Gracias.

CONDE. Su bondad sin tasa
probar hoy mi ingenio quiso...

MARQ. Y ha hecho usted un paraíso
de su jardín y su casa.

CONDE. Donde los ángeles entran

¹ En los teatros donde no salgan á escena los personajes mitológicos, tampoco saldrá la Aurora á la vista del público.

- no hay fealdad que subsista,
pues convierten con su vista
en un Eden cuanto encuentran.
- MARQ. Me llena usted de inquietud.
Con galanteo tan vario
se apura el vocabulario,
Conde, de mi gratitud.
- CONDE. No es mérito el ser galante.
- MARQ. Si á mis impresiones cedo,
voy á tomarle á usted miedo,
creyéndole nigromante.
- CONDE. Por más que le cause enojos
el origen de mi magia,
¿quién de ella no se contagia
con la magia de sus ojos?
- MARQ. Le suplico en caridad
que mire que soy mujer,
y que va usted á poner
á prueba mi vanidad.
- CONDE. Ese mi intento no ha sido.
- MARQ. Cada palabra es un dardo.
¿Qué dirá don Eduardo?
y ¿cómo es que no ha venido?
- EDUAR. (Adelantándose.) Oh, señora, estoy aquí.
- MARQ. ¡Tan callado!
- EDUAR. ¿Cómo no?
si el Conde ya no dejó
ni una frase para mí.
Soy algo corto de genio,
y no hago más que admirar...
No pude aquí sospechar
tanta riqueza... de ingenio.
- MARQ. Esto es una maravilla;
es un sueño realizado.
- EDUAR. Es que el Conde se ha empeñado...
en que ha de brillar, y brilla!
- CONDE. *Siéntense ustedes. (Á la Marquesa y señoras.)
- MARQ. *(Al ver que no hay asientos.) ¿En dónde?
- CONDE. *(Señalando al arco central del foro, donde aparece
un escaño semicircular de forma bella y fantástica
con un sillón dorado en medio, y sobre él la figura
del Amcr en actitud de disparar una flecha.)

*Allí.

TODOS.

*¡Ah!

MARQ.

*Un nuevo primor!

CONDE.

*Ese trono del amor,
*señora, á usted corresponde.

MARQ.

*Es mi asombro tan profundo...

(Las señoras se sientan, dejando á la Marquesa el sillón dorado. Se abre la puerta de la derecha, y aparecen cuatro parejas de niños simbolizando el Asia, el África, la América y la Oceania, que se acercan á los piés de la Marquesa y doblan una rodilla. Música en la orquesta, muy piano. El niño que representa el varon en la pareja del Asia, se levanta ántes que los otros, y dice, dirigiéndose á la Marquesa, acompañando la orquesta en sordina su declamacion.)

NIÑO.

*Recibe, señora nuestra,
*esta humilde y pobre muestra
*de la adoracion del mundo.
*Entre nosotros no está
*la Europa representada,
*porque, al mirarte, extasiada,
*mil veces te adoró ya.

MARQ.

(Sentándose y abrazando al niño.)

*Celestial adulador!
*Ven, ven! ¿Me quieres decir
*quién te ha enseñado á mentir
*con tanto aplomo?

NIÑO.

*El amor.

*Y si creerlo rehusas,
*aunque es sincero mi afan,
*á probártelo vendrán
*Apolo y las nueve Musas.

(Se abre la puerta de la izquierda y aparecen Apolo y las nueve Musas.)

BAILE.

(Durante el cual, los caballeros se colocan detrás de las señoras, y delante de ellas se sientan los niños.)

(Concluido el baile, los Niños, las Musas y Apolo se retiran por el foro derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos los NIÑOS, APOLO y las MUSAS.

MARQ. (Levantándose y tendiendo la mano al Conde.)
Conde, con sinceridad
doy á usted mi enhorabuena.
Ha sido una noche llena
de encanto y de novedad.

RAFAEL. Tambien yo, á fe de hombre honrado,
con placer le felicito.

EDUAR. Y yo... por más que medito,
me juzgo ya derrotado.

(Los caballeros y las señoras felicitan al Conde.)

MARQ. ¿Hay sorpresas todavía?

EDUAR. Tengo por cosa segura
que aún nos queda la lectura
de alguna bella poesía.

CONDE. En efecto: tengo aquí...

(Sacando el papel que está detrás del espejo.)

Aunque breve es compendiosa.

Yo ambicionara otra cosa,

pero no consiste en mí...

Es sólo un retrato fiel...

MARQ. Léala usted...

CONDE. Yo... no puedo.

EDUAR. Si es que el autor tiene miedo,
la leerá don Rafael.

(Toma el papel de manos del Conde y lo entrega á don Rafael.)

RAFAEL. Pero yo!... no estoy muy ducho...

EDUAR. Estúdiela usted primero...

- CONDE. Yo de su bondad espero...
- RAFAEL. En fin, voy á ver...
- MARQ. Ya escucho. (Pausa.)
- RAFAEL. (Despues de leer para sí, dando muestras de profunda indignacion.)
¡Qué horror!
- MARQ. (Impaciente.) ¡Qué dicen? ¡Responde!
- RAFAEL. (Ap. dirigiendo una mirada á Eduardo.)
Sólo su instinto perverso!...
- VARIOS. ¿Qué dice?
- RAFAEL. No entiendo un verso...
Á ver si lo entiende el Conde.
(Lo lleva un poco aparte.)
(Con viveza.) ¿Quién ha escrito este papel?
- CONDE. (Despues de pasarlo por la vista, lanza un grito ahogado; lleva la mano al corazon, y dejando caer el papel, se apoya vacilante en la chimenea.)
Ah!
- EDUAR. (Cogiendo el papel y disponiéndose á leerlo.)
Ah!
- RAFAEL. (Con imperio.) Prohibo que se lea!
- EDUAR. Es que... yo...
- RAFAEL. (Arrancándoselo.) Á la chimenea! (Lo arroja.)
- CONDE. (Estrechando con efusion las manos de D. Rafael y dirigiendo una mirada amenazadora á D. Eduardo.)
¡Oh! gracias, don Rafael!
(Cuadro general de sorpresa. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una buhardilla miserable y desmantelada, sin más muebles que dos sillas toscas, un velador de pino, y sobre él un candelero de barro ó lata, sin vela. Cerca del velador un barreño con ceniza y sobre ella un puchero. Puerta única á la derecha; y entrando por ella, á la izquierda, un biombo agujereado ó una cortina vieja, que oculta en parte un pobre y mezquino lecho. Esta buhardilla, de techo sumamente bajo, se supone que no recibe la luz sino por el respirador del centro, cuya ventana carece de cristales. Al levantarse el telon, la tarde empieza á declinar, y aparece sentada junto al velador Luisa, en actitud de coser una prenda de tela blanca y muy ordinaria.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

Válgame Dios! Es tan tarde,
que casi á coser no veo,
y si esta prenda no acabo,
ya ningun recurso tengo.
Es claro; como los dias
son tan cortos en invierno,

y aquí es la luz tan escasa...
á las tres va oscureciendo.
Y hoy, con estar tan nublado...
Pero, Señor, vaya un tiempo!
Hace con hoy nueve días
que está nevando ó lloviendo.
Y esa ventana sin vidrios
deja penetrar un viento
que hiela. Tengo las manos
tan frías, que de los dedos
se me escapa ya la aguja.
Y si tuviera á lo ménos
cisco para calentarme!
El último que trajeron
se me acabó esta mañana
con hacer el cocimiento
para la niña.

(Removiendo la ceniza del barreño con una llave.)

Ni rastro!

Ceniza pura! Probemos,
á ver si entran un poquito
en calor con el aliento.

(Ahueca las manos y echa el aliento en ellas)

VOZ. (De la niña, detrás del biombo.)

Luisa! Luisa!

LUISA. ¿Qué, hija mia?

VOZ. Tengo sed.

LUISA. Voy, voy corriendo.

Espera, y no te destapes.

(Deja la labor y toma el puchero.)

Y está frío como el hielo!...

y así frío le hace daño.

Mira, espérate un momento,
que voy luego á encender lumbre,
porque así, frío, no quiero
que lo bebas. Pronto acabo.

VOZ. Siempre me dices que luego.

LUISA. Voy á aprovechar la luz,
que ya queda poco tiempo,
y despues cierran la tienda
y no tendremos dinero.

VOZ. Pues despáchate.

- LUISA. Procura
llamar un ratito el sueño.
- VOZ. Ojalá que me durmiera.
- LUISA. Pues duérmete.
- VOZ. Si no puedo.
- LUISA. ¿Por qué?
- VOZ. Tengo mucho frio
en los pies.
- LUISA. Muy pronto cierro
ya la ventana. Entre tanto,
voy allá y con mi pañuelo
verás cuál te los abrigo.
(Quitándose el pañuelo del cuello y dirigiéndose há-
cia el biombo.)
- VOZ. Pero y tú?
- LUISA. Si yo no tengo
frio. Está tan templado...
Ya te lo pediré luego
para salir á la calle.
(Se oculta detrás del biombo algunos momentos y
vuelve luego á su sitio ya sin el pañuelo y dando
muestras involuntarias del gran frio que experi-
menta.)
- VOZ. ¿Estás bien?
- LUISA. Sí.
- VOZ. Dame un beso
y á dormir.
(Se oyen dos besos detrás del biombo.)
- LUISA. Pobre hermanita! (Pausa.)
Me ha dado así... como... Tiemblo...
Estoy tan desabrigada!
No importa; ella es lo primero.
(Vuelve á coser.)
Vamos, que ya falta poco,
y me animo cuando pienso
en tomar mis tres reales.
Gran cosa! pero con ellos
de hambre no nos morimos,
que es todo lo que deseo. (Llaman.)
¿Quién llamará aquí á estas horas?
¿Quién es? ¡Ah! será el mancebo
de la tienda. Me alegrara,

por no tener que ir tan lejos.

(Levantándose.)

¿Quién es?

VOZ. (Fuera.) Ábreme, Luisita.

LUISA. Me he engañado, es el portero. (Abre.)

ESCENA II.

LUISA, el TIO SIMON.

SIMON. Hola, hijita, buenas tardes.

LUISA. Buenas, tío Simon.

SIMON. ¿Qué hacemos?

LUISA. Ya lo ve usted, trabajando.

SIMON. El que no tiene otro empleo...

¿Y qué tal está la niña?

LUISA. No tose tanto.

SIMON. Me alegro.

LUISA. ¿Qué trae usted por aquí á estas horas?

SIMON. Nada. Vengo...

Es decir, no, sí, venia...
porque...

LUISA. Tome usted asiento.

SIMON. Voy á encender un cigarro,
y me marchó en encendiéndolo.
(Saca la petaca y hace uno de papel.)

LUISA. Yo mientras, con su permiso,
voy á seguir... (Vuelve á coser.)

SIMON. Á ello! á ello!

que trabajo que se para,
dura más, y eso no es bueno.

LUISA. Hay que entregarlo esta noche
ántes que cierren.

SIMON. Comprendo.

Voy á encender mi cigarro.

(Se levanta y va á buscar fuego al barreño de la ceniza.)

Pero... calla! si no hay fuego!

LUISA. No, señor; se ha concluido.

SIMON. Habrá un fósforo á lo ménos.

LUISA. Mire usted, no lo hay tampoco;

porque... con el aguacero
de anoche, se me han mojado.
Dejé la caja en el suelo,
y como hay tantas goteras...
Para encender el brasero
esta mañana temprano,
la mujer del señor Pedro
tuvo que darme una ascuita;
si no es así, no lo enciendo.

SIMON. (Poniéndose el cigarro detrás de la oreja.)
Pues, señor; ya que no hay lumbre,
lo dejaré para luego. (Pausa.)
Y... ¿cómo andamos de cuartos?

LUISA. ¿De cuartos?

SIMON. Sí, de dinero.

LUISA. Muy mal. Como ahora soy sólo
para el trabajo, y no cuento
con la ayuda de mi hermana,
no es posible ahorrar ni un céntimo.
¡Los tres reales dan tan poco
de sí!...

SIMON. Ya lo considero;
pero... el amo de la casa
dice que no entiende de eso;
y como al fin ha gastado
en ella muy buenos pesos,
y entre reparos y andrónimas
y lo que saca el gobierno,
se le va todos los años
un dineral de dinero,
me dijo ayer: á esas chicas
sube y dales un recuerdo.
Yo... la verdad, no queria;
porque como uno está viendo
las cosas, y sabe uno
que con el mejor deseo
muchas veces no se puede
cumplir, por falta de medios,
dije: cuando ellas no pagan,
es que no tienen.

LUISA. Es cierto.
Á fe que usted es buen testigo.

SIMON. Pero el hombre forma empeño,
y dice que al que no pague
no va á consentirlo dentro
de su casa.

LUISA. ¿Y dónde vamos,
si nos echan? ¡Dios eterno! (Llora.)

SIMON. Si en mi covacha cupiera
álguien más de los que *semos*,
ahora mismo le diria:
no hay que apurarse por eso;
pero como estamos cinco,
y hay dos palmos de terreno,
es imposible.

LUISA. (Llorando.) ¡Y mi hermana!
Dios mio!...

SIMON. Voto al infierno!
No hay que llorar, Luisita;
yo veré si lo convenzo;
y si no... (Ap.) Pobres muchachas!
Me voy, porque si no suelto
el trapo, y está un hombre
muy mal haciendo pucheros.

(Se dispone á salir.)

¿Se ofrece alguna otra cosa
en que yo... sin cumplimientos.
Soy pobre como las ratas;
pero un castellano viejo
no envida jamás en falso
al que puede decir: quiero.
Conque... ¿nada?

LUISA. Muchas gracias,
tio Simon; yo le agradezco...

SIMON. Pues que la chica se alivie,
y con Dios.

LUISA. Ah!... (El tio Simon se detiene.)
(Ap.) No me atrevo...

SIMON. Vaya, si se ofrece algo,
hija, dilo sin rodeos.

LUISA. (Despues de vacilar.)
Mire usted, yo no quisiera
abusar, pero estoy viendo
que se va la luz del dia

y no puedo acabar esto. (Por la costura.)
Si usted quisiera prestarme
sólo una vela de sebo
hasta mañana...

SIMON. ¿Una sola?

LUISA. Es bastante.

SIMON. Cuatro tengo,

y á mí me sobra con una.

¿Traigo las tres?

LUISA. No por cierto;
con una hay lo suficiente.

SIMON. Es que no soy yo de aquellos
que ofrecen... Voy por la vela.

LUISA. Dios le dará á usted el premio. (Váse SIMON.)

ESCENA III.

LUISA, luego una PRENDERA.

LUISA. ¡Luego dicen que los pobres!

¿Quién mejor se portaría
que ese infeliz, que no tiene
casi para su familia?

Oh! fuera yo tan dichosa
si pagar pudiera un día
los infinitos cuidados
que su afecto nos prodiga!
Desde que murió mi madre,
como nos dejó tan niñas,
él y su esposa nos quieren
cual si fuéramos sus hijas;
y ¡ay! si más hacer pudieran
más por nosotras harían.

PREND. (Entrando. Ap.) Me alegro de que esté sola.
(Alto.) Buenas tardes, Luisita.

LUISA. Buenas, señora Loreto.

PREND. ¿Trabajando todavía?

LUISA. ¡Qué quiere usted! la que es pobre...

PREND. Va usted á matarse en dos días.

LUISA. Es preciso.

PREND. ¿Y hoy no hay nada?...

LUISA. ¿Que vender? Eso querría;

- pero no hay más que lo puesto.
- PREND. ¡Cómo ha de ser! ¿Y la chica?
- LUISA. Está algo mas aliviada desde que tomó las píldoras.
- PREND. Bien caras que le costaron á usted!
- LUISA. Como eran precisas...
- PREND. Ni dos cuartos de ganancia tuve en aquellas cosillas que usted me vendió.
- LUISA. Lo siento.
- PREND. Puse una peseta encima. Váyase por la ganancia que otra deja. Esa es la vida. (Pausa.) Pero... está esto casi á oscuras. ¿Ve usted á coser todavía?
- LUISA. Gracias á Dios, sí, señora; tengo muy buena la vista.
- PREND. Dios se la conserve.
- LUISA. Gracias.
- PREND. Debe usted estar arrecida junto á esa ventana abierta. Yo, un pañolon me pondria.
- LUISA. He tenido que envolverlo á los pies de mi hermanita que estaban como la nieve.
- PREND. Vaya! esto es una desdicha! (Se sienta.) Cada vez que considero que está usted así, pobrecita, por el qué dirán, pregunto: Señor! ¿es tonta esta niña? Con esa cara de un ángel, que sólo el mirarla hechiza, y esa boca y esos ojos que al mismo sól dan envidia. . . Le digo que es una lástima el estar aquí metida, arrostrando la miseria y sin ventaja maldita. Si alguno, que yo conozco, pudiera lograr la dicha de que usted le dirigiera

solamente una sonrisa,
á sus pies, para adorarla,
como esclavo caería. (Con mucha intencion)
Y estuviera usted, como otras,
que son mucho ménos lindas,
con su casa muy bien puesta,
sin cuidados ni fatigas,
buena mesa, buena cama,
vestidos de telas ricas,
y con dinero sobrado
y joyas de pedrería.
Y todo ¿por qué? Tan sólo
por aceptar las caricias
de un hombre, que, muchas veces,
si la mujer es ladina,
suele acabar por casarse,
y entónces todo se olvida.

LUISA. Calle usted, por Dios, y déjeme;
que prefiero mi desdicha
á esa... brillante deshonra
que sus palabras me pintan.
¡Oh! si mi madre viviera,
de dolor se moriría!
Mi madre fué siempre honrada,
y desde el cielo me mira
para alentarme en la senda
que me enseñó por sí misma.
Si alguna vez la desgracia
de su amor me hiciera indigna,
¿cómo, adonde está mi madre
los ojos alzar podría
para rezar como rezo
por ella todos los días?
Déjeme usted!

PREND. No te asustes,
y óyeme como á una amiga.
Perdona que así te hable;
mi edad á ello me autoriza.
¿Piensas pasar de este modo
sufriendo toda la vida?

LUISA. No sé.

PREND. Pero estás helada

de frio. ¿Ves cuál tiritas?
Ponte este manton siquiera,
que el verte así me fatiga.

(Le pone uno que lleva en el brazo.)

LUISA. Estoy bien. (Queriendo quitárselo.)

PREND. (Insistiendo.) No lo consiento.

Déjalo, que eso no quita...

LUISA. Es que no puedo comprarlo.

PREND. No importa; ténlo, hija mia,
un rato sobre los hombros,
ya verás cómo te abriga.

LUISA. Sí; pero...

PREND. ¡Qué bien te sienta!

¡Ah! si estuvieras vestida,
como van esas señoras,
de seda, ¡qué bien irias!

Mejor que ellas. Y tu hermana,
¡qué pronto se curaria!

Teniendo buen alimento...

y el médico y la botica...

Pero tú eres una tonta!

Si alguna vez lo meditas

mejor, con una palabra

sóla labrarás tu dicha.

No exijo en este momento

que mis ruegos te decidan;

mas piensa que de esta suerte,

(Simon al paño.)

trabajando noche y dia,

vendrá la vejez muy pronto,

se arrugarán tus mejillas,

y entónces no habrá remedio.

La que es pobre, necesita

buscar recursos, y el hombre

á la vejez no se inclina. (Pausa.)

¿Lloras? Por tu bien te hablo.

¿No me respondes? Tontilla! (Acariciándola.)

LUISA. (Levantándose con resolucion, arrancando el pañuelo
de sus hombros y arrojándolo á la Prendera.)

Salga usted de aquí al instante;

porque mi madre nos mira!

Si el hambre mata mi cuerpo,

el alma quedará limpia!
Salga usted!

PREND. Pues tú lo quieres...
LUISA. Lo mando!

ESCENA IV.

DICHAS, SIMON.

SIMON. ¡Bien, hija mia!
 (Á la Prendera.)
Baje usted ya la escalera,
y bájela usted de prisa.
Como usted vuelva á esta casa
le rompo veinte costillas.
 (Váse la Prendera.)
Estas ratas!... Luego dicen
que en Madrid hay policía!

ESCENA V.

LUISA, SIMON.

SIMON. Aquí tienes ya la vela.
 Mucho ojo con esas pícaras.
Si esa vuelve, ó viene otra,
no hay que escucharlas. ¡Por vida!
Así andan por esas calles
tantas mujeres perdidas!
Nada, hija mia, el trabajo
y la concencia tranquila;
que esto de acá dura poco,
y es muy largo lo de arriba.
 (Señalando al cielo.)

LUISA. Gracias, tío Simon!

SIMON. ¡Caramba!
 El padre que tiene chicas...
 tiene que andar con más ojo...
 Está la cosa bonita!
 ¡Luego dicen que en Madrid
 hay... Hasta luego, Luisa.

LUISA. Vaya usted con Dios. Mañana

le devolveré...

SIMON.

No sigas,
que aunque pobres, te daremos
otras, si las necesitas. (Váse.)

ESCENA VI.

LUISA.

Protégeme desde el cielo,
madre mía de mi alma,
y ruega á Dios que tu hija,
huérfana y desamparada,
no tenga que avergonzarse
ante tu memoria santa.

(Pausa, reflexiva.)

Pero ¿qué veneno encierran
de esa mujer las palabras,
que en mi oído las repite
un eco que horror me causa?

«En esta cárcel sombría
la vida es triste y amarga!»

«El trabajo de tus manos
para vivir no te alcanza;
y la miseria y la muerte,
lívidas y descarnadas,
sin piedad tienden sus brazos
hacia el lecho de tu hermana!»

Y yo. . salvarla podría!...

(Pausa. Transición.)

Jamás! muramos entrambas!
Muramos!... Horrible suerte!
Morir... del mundo olvidadas,
mientras que otras, sin angustias,
felices la vida pasan.

¡Qué hermosa será la vida
con placer y en la abundancia! (Pausa)

¡Qué suplicio! ¡Qué confusas
ideas cruzando pasan
por mi mente! ¡Madre! madre!
Mi frente oprimida estalla!
tengo frío! tengo miedo!

(Cae de rodillas.)

Virgen pura, inmaculada,
consuelo del afligido,
estrella de la mañana,
ampárame, madre mia,
y por tu divina gracia
haz que de mi mente borre
de esa mujer las palabras,
y que una mano propicia
fortalezca mi esperanza!

(Se deja caer abatida sobre la silla.)

ESCENA VII.

DICHA, la MARQUESA y D. RAFAEL, seguidos del TIO SIMON,
que se queda á la puerta.

MARQ. ¿Á qué me traes aquí?

RAFAEL. Es en vano tu porfia.

Hoy dispongo yo del dia,
pues lo consagras á mí.
Aunque es martes, satisfago
tu gusto, pese al banquero.
Para el bien, probarte espero
que no existe dia aciago.

LUISA. (Levantándose y dirigiéndose á ellos.)

Ah! Caballero... Señora...

MARQ. Me ha hecho mal tanta escalera.

RAFAEL. Y qué, si el premio te espera
de consolar al que llora!

MARQ. ¿No sabe ella mi morada?

Allí fuera recibida...

RAFAEL. La proteccion ofrecida
vale más que la implorada.

LUISA. (Ap) Es tanta mi confusion,
que ya mi mente no acierta
si estoy dormida ó despierta.
Oyó el cielo mi oracion!

RAFAEL. (Á Luisa.)

Jóven, esta noble dama,
de los pobres protectora,
ofrece á usted desde ahora

lo que su estado reclama.
Trabajo digno y honroso
por ella le sobrar .
Por ella salir podr 
de su estado lastimoso.

SIMON. (Ap.) Har  que mi gozo estalle,
oyéndole hablar así.

MARQ. (  Rafael.)
Sabes que se siente aquí
aún más frio que en la calle?
(Acercándose al barreño de la ceniza.)
 Esta atmósfera es mortal!
 Si est  la lumbre extinguida!
 Y es posible aquí la vida,
sin fuego... y sin un cristal?...

LUISA. Suele entrar algo de viento;
pero importa poco   nada
  quien est  acostumbrada.
Sólo por usted lo siento.

MARQ.  Y no hay otra habitacion
más resguardada?

LUISA. Ninguna.
Y tuviera   gran fortuna
hallar esta proporcion,
si   tenerla que dejar
la suerte no me oblig ra;
porque... aunque no est  muy cara,
no siempre puedo pagar.

SIMON. Que me lo digan   m !

MARQ.  Oh suerte dura y funesta!
 Es inconcebible!  Y cuesta
dinero el vivir aquí?

LUISA. Trece r ales al mes.

SIMON. Cuatro cuartos cada dia.

MARQ. Y... diga usted, hija mia:
su jornal, de cuánto es?

LUISA. Cuando no falta trabajo,
tres reales suelo ganar;
pero es preciso velar,
porque como es   destajo...
En los días que están buenos
no sale muy mal la cuenta;

- y al fin, no estoy descontenta,
que hay otras que ganan ménos.
- MARQ. ¡Méno que usted!
- LUISA. Claro está,
porque no les cunde tanto.
- MARQ. Y viven! Oh! cielo santo!
- RAFAEL. ¡Qué tal su vida será!
- LUISA. Cuando no hay otro remedio...
Á veces tambien estriba
en el gasto.
- MARQ. ¡Y hay quien viva...
con dos rëales y medio!
- LUISA. Y gracias que esos sean hijos.
- SIMON. Ocho gana un jornalero,
y con tan poco dinero
hay quien mantiene ocho hijos.
- MARQ. ¡Ocho! y con eso!...
- RAFAEL. Sí tal.
- SIMON. Y la casa, y la mujer.
Eche usted la cuenta, á ver;
no salen ni aún á rëal.
- MARQ. Y ese germen de dolores
hasta ahora no he comprendido!
- RAFAEL. No; porque no has descendido
jamás á estos pormenores.
Para ejercitar el bien,
el mal ha de estar presente;
porque el corazon no siente,
cuando los ojos no ven.
- MARQ. (Á Luisa.)
Y usted, que es jóven y bella
y de habilidad no escasa,
¿cómo no buscó una casa
donde servir de doncella?
- LUISA. Porque Dios me quiso dar,
para aumentar mi dolor,
una hermanita menor
á quien tengo que cuidar.
- MARQ. ¿Y para aliviar sus males,
y no pasar hambre y sed,
por qué no ha acudido usted
á las juntas parroquiales?

- LUISA. Porque, teniendo mis manos,
esa limosna no es mia.
Pidiendo, la robaria
á los enfermos y ancianos
- MARQ. (Á Rafael.)
Nobleza más singular!
- LUISA. Á mi madre oí decir,
que sólo debe pedir
quien no puede trabajar.
- MARQ. (Á Rafael.)
¡Es mi dolor tan profundo,
me encuentro tan conmovida!...
- RAFAEL. Esta del pobre es la vida;
aquí se conoce el mundo!
En el brillante salon,
donde una sociedad loca
ó tiene siempre en la boca
palabras de adulacion,
ó en la crítica mordaz
su ingenio mezquino esprime,
creyéndose más sublime
el que es más necio y locuaz;
se evapora la cabeza,
el sentimiento se trunca,
y allí no penetran nunca
los ayes de la pobreza.
- VOZ. (De la niña detrás del biombo.)
Hermana! Luisa!
- MARQ. ¿Quién llama?
- LUISA. Espera. (Á la Marquesa.) Mi hermana es;
la pobre niña hace un mes
que no sale de la cama.
- MARQ. ¿Qué padece?
- LUISA. Calenturas.
- MARQ. Y está aquí, al aire y al frio,
en ese rincon... Dios mio!
pobres! pobres criaturas!
- VOZ. Luisa! que estoy como el hielo!
Ven y acuéstate, por Dios!
(Va Luisa y vuelve.)
- MARQ. ¡Qué! duermen juntas las dos!
- SIMON. Y en un jergon! y en el suelo!

- MARQ. (Á Luisa, que vuelve, dándole algunas monedas de oro.)
Venga usted acá, hija mia;
tome usted, y ahora, al momento,
compre usted ropa, alimento
y camas...
- LUISA. (Fuera de sí.) Virgen María!
- MARQ. ¡Oh! corra usted! por favor!
- LUISA. Pero esto es oro! y hay tanto!...
- RAFAEL. Eso es... sólo un adelanto
á cuenta de su labor.
- LUISA. Pero... yo estoy asombrada...
Nunca le podré pagar...
- MARQ. Vaya usted al punto á comprar...
y no escasee usted nada.
Que un médico en el momento
venga, y mañana en el dia
busque usted por cuenta mia
otro mejor aposento.
Corra usted sin dilacion,
que no puedo sosegar!...
¡oh! quisiera desahogar
llorando mi corazon! (Llora.)
- SIMON. Yo lloro ya como un chico!
(Se enjuga las lágrimas.)
- RAFAEL. (Á Simon.) Vé con ella.
- SIMON. Es mi deber,
aunque tenga que volver
cargado como un borrico!
- LUISA. (Aturdida.) Tiene la niña el pañuelo,
y para salir de casa...
- SIMON. Tomas el de mi Tomasa.
- MARQ. (Dándole su manton.)
No, el mio. (Se lo hace poner.)
- SIMON. Prémíela el cielo!
- LUISA. Señora...
- MARQ. (Señalando al bicombo.) Si necesita
algo, yo se lo daré.
- LUISA. Oh! gracias! (Besándole la mano.)
- MARQ. Yo cuidaré
en tanto de su hermanita.
(Vánse Luisa y Simon.)

ESCENA VIII

D. RAFAEL y la MARQUESA.

MARQ. Rafael! (Llorando.)

RAFAEL. (Ap.) Estoy conmovido!

(Alto.) Oh! cuánto mérito tienen
lágrimas que á enjugar vienen
los ojos del desvalido!

Hasta la divinidad
el grato perfume llega,
cuando con llanto se riega
la flor de la caridad!

Ese torrente que brota
de tus ojos, me hace ver
que detrás de la mujer
estaba el ángel, Carlota!

MARQ. Siento de placer aquí (Señalando al corazón.)
un germen desconocido.

RAFAEL. Es que hasta ahora no has vivido
sino por tí y para tí.

Desde hoy comprender podrás
que no hay gozo tan profundo
como vivir en el mundo
para el bien de los demas.

Por eso quiso el Señor
que el hombre, al placer propicio,
en el mayor beneficio
hallase dicha mayor.

Por eso tú, que eres buena,
el mal ageno sentiste.

Todo el que consuela al triste
endulza su propia pena.

MARQ. Los rayos de un nuevo sol
el alma inundan de gloria.

RAFAEL. Porque has dejado la escoria
de la vida en el crisol.

La belleza y juventud,
la fortuna y el talento
son prendas que lleva el viento;
la mejor es la virtud.

Y esa noble cualidad
no existe sobre la tierra,
cuando en sí misma no encierra
fe, esperanza y caridad.

MARQ. Si Dios á un nuevo destino
me llama!

RAFAEL. Otra me pareces!

MARQ. Bendito sea mil veces
quien me ha enseñado el camino! (Pausa.)
Y yo buena me creía
y de virtud un ejemplo,
porque á la puerta del templo
para los pobres pedía!
Y en vez de la caridad,
con sólo Dios por testigo,
llevaba á pedir conmigo
mi orgullo y mi vanidad!
Hoy que mi razon consulto,
sé que se ejerce mejor,
yendo á buscar el dolor
que está de vergüenza oculto.
Perdóname, Rafael,
conozco ahora lo que he sido...

RAFAEL. Calla!

MARQ. Te habré parecido
necia, egoísta y cruel.
Llamaba yo desventuras
á mis pueriles antojos,
y no fijaba mis ojos
del pobre en las amarguras.
¡Cuántas lágrimas hubiera
yo por mi mano enjugado,
si hubiese sacrificado
un vestido, una pulsera!

RAFAEL. No es tuyo el delito, no;
culpa á quien desde la cuna
á emplear bien tu fortuna
con afán no te enseñó.
Culpa de ese mundo necio
el refinado egoísmo,
que, por amor de sí mismo,
trata al pobre con desprecio.

Culpa á esa turba, que inciensa
al ídolo que destroza,
y á la mujer dice: goza,
en vez de decirle: piensa!
Y en fin, á esa sociedad
de alma y cuerpo corrompida,
que está ya de muerte herida
por su propia iniquidad!

ESCENA IX.

DICHOS. el BARON.

BARON. ¡Ah! gracias á Dios, Marquesa,
sin mi actividad y celo...
creí subir hasta el cielo!

MARQ. ¿Cumple usted alguna promesa?
Tal vez.

BARON. ¿Qué ha pasado aquí?
¿Qué extraña conflagracion
ha turbado la razon
de mis amigos así?
Llego á Madrid con anhelo;
buenas noticias aguardo,
y sé que don Eduardo
y el Conde han tenido un duelo.
Yo no sé por qué ni en dónde.
Alguna causa imprevista...
Dicen que al capitalista
un brazo le ha roto el Conde.
Me alegro por el desden
y el tono de autoridad...

MARQ. } El Conde! qué atrocidad!

RALAEEL. Carlota: el Conde hizo bien.

BARON. Me alegro que en ese punto
usted y yo concordemos;
pero... eso á aun lado dejemos,
para tratar de mi asunto.
No bien me puse en estado
de presentarme ante usted,
tomé un coche y á la Red
de San Luis fuí trasportado.

Bajé y pregunté al portero;
que habia usted salido, dijo,
y á buscarla me dirijo
como un perro perdiguero.
Sí, busca! Ya, la verdad,
de hallarla desconfié,
cuando á un amigo encontré
por una casualidad.

—¿Á dónde se va? me grita.

—No sé, le digo de pronto.

Buscando voy como un tonto...

—¿Á quién?—Á la Marquesita.

—Donde está decirle puedo.

—¿De veras?—Hablo formal,
su coche he visto al final
de la calle de Toledo.

—Adios! Y tomo carrera,
llego, á la portera hablo,
y subo aquí, dando al diablo
esa maldita escalera.

MARQ. Siento que mi indiscrecion
haya podido cansarle.

BARON. Estoy ansioso por darle
cuenta de mi comision.

MARQ. Pero aliente usted primero.

BARON. Con un afan sin segundo
he corrido medio mundo
buscando á ese caballero.
Llegué á Aranjuez aquel dia,
y para hallar á mi hombre,
fuí con las señas y el nombre
derecho á la policia.

—¿Don Fulano de tal, puedo
saber en qué casa mora?

—Antes de ayer, á esta hora,
tomó el tren para Toledo.

—Pues aunque un rayo me parta,
dije, es fuerza que me porte:
yo no me vuelvo á la córte
sin entregarle la carta.

Dicho y hecho: pasa el tren;
tomo asiento de primera,

y quiera usted ó no quiera,
llego á Toledo tambien.
Por no trabajar en vano,
salgo del ferro-carril,
y en el gobierno civil
pregunto por don Fulano.
Y en esto un caballere
me dice, haciendo un cumplido:
—Ese señor ha salido
anteayer para Albacete.
—Pues á Albacete, y paciencia!
y en Albacete me planto,
y allí dícenme otro tanto:
—Salió ayer para Valencia,
—¿Qué hago? ¿Me vuelvo á Madrid?
se enfadará la Marquesa;
y por dar cima á mi empresa,
vuelo á la ciudad del Cid.
Al gobierno! Aquí estoy yo!
—¿Don Fulano?—Esta mañana
se embarcó para la Habana.
—¿Y el buque?—Ha poco salió.
Y aunque con dolor profundo
tengo al fin que desistir,
si no me manda usted ir
á buscarle al otro mundo.

(Le entrega la carta.)

MARQ. De ningun modo, Baron;
y de mi exigencia loca
arrepentida, me toca
pedirle humilde perdon.

BARON. Señora! No sé en verdad
la causa que lo motiva...

MARQ. Franca y leal, mientras viva,
cuente usted con mi amistad.

(Dándole la mano.)

BARON. Gracias. Yo tambien me ofrezco...
Peró la hallo á usted tan grave!

MARQ. ¡Ay, Baron! usted no sabe...
No soy ya lo que parezco.
Su paciencia ha sido harta;
y pues lo he de descubrir,

voy al instante á decir
el objeto de esta carta.
Á un grabador en metales
enviaba este papel,
(Rompiéndolo y sacando una sortija.)
por el capricho de que él
grabara mis iniciales.
Quien de ese capricho vano,
y otros, me supo alejar, (Á Rafael.)
¿podrá negarse á aceptar
esta sortija... y mi mano?

RAFAEL. (Estrechándosela.) Con el gozo más profundo
por ser de tu amor un gaje!

BARON. (Ap.) Si lo sé, tomo pasaje,
y me voy al otro mundo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUISA y el TIO SIMON, cargados con diferentes objetos, que depositan en un rincon de la buhardilla.

MARQ. Aquí están! Gracias á Dios!

SIMON. Los mozos vendrán despues.

BARON. Qué es eso?

MARQ. Un tesoro es,
que hemos hallado los dos.
(Señalando á Rafael.)

Hay muchos que descubrir,
Baron, por este camino.

Usted, que tiene buen tino,
me ayudará?

BARON. Hasta morir.

MARQ. Á un hombre rico y soltero,
que tiene buen corazon,
¿no agradará una ocasion
de emplear bien su dinero?
(Señal afirmativa del Baron.)

Dos jóvenes hay aquí
huérfanas y sin fortuna.
Nosotros dotamos una.

BARON. Pues la otra me toca á mí.

LUISA. (Besándole la mano.)

- ¡Señora, cuánta bondad!
- BARON. Ahora comprendo el tesoro!
- MARQ. Lo que Dios recibe en oro,
lo paga en felicidad.
- RAFAEL. (Á Simon, que le besa las manos y le abraza con
gran efusion, sin dejar de llorar.)
Desde hoy te quiero tener
á mi lado. ¡Á trabajar!
- SIMON. Yo! ..
- RAFAEL. Sí; tú irás á buscar,
nosotros á socorrer.
- BARON. (Á D. Rafael, estrechándole la mano.)
¡Qué provechosa leccion!
- RAFAEL. Si esas gentes orgullosas,
que gastan sumas cuantiosas
en lujo y disipacion,
vieran cómo en la indigencia
lucha un dia y otro dia
el pobre con la agonía
de su azarosa existencia;
si una vez como cristianos
llegáran á comprender
que el rico tiene el deber
de amparar á sus hermanos,
y que no hay dicha mayor
que la que derrama el cielo
sobre el que lleva un consuelo
al mísero en su dolor;
siquiera por disfrutar
una vez de esa ventura,
las lágrimas de amargura
fueran del pobre á enjugar.
Entónces, á la opulencia
el pobre bendeciria,
y al ver á un rico, diria:
¡Ese es nuestra providencia!
(Cuadro. Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA

PARA LA REPRESENTACION DE ESTA OBRÁ EN AL-
GUNOS TEATROS DE PROVINCIAS.

Siendo difícil el aparato escénico del acto segundo para algunos teatros, pueden suprimirse las figuras mitológicas y simbólicas, y por consiguiente, los versos que hablan de ellas; para lo cual, van marcados con esta señal * al márgen.

En la escena del mismo acto segundo, despues de estos versos:

EDUAR. Es que el Conde se ha empeñado
en que ha de brillar, y brilla.

se dirán los siguientes.

CONDE. Dígnense ustedes tomar
asiento.

MARQ. Con gran placer.
(Se sientan todos.)

CONDE. Voy al punto á disponer...
(Viendo á Próspero.)
El baile puede empezar...

(Entran las bailarinas y empieza el baile, que será de corta duracion. Concluido este, se retiran por el foro y se pasa á la escena VIII, tal como está.)

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

La eleccion de un diputado, com..	1	acto, verso
Diego Corrientes (primitivo.) dra.	3	v.
Id. zarzuela.....	3	v.
—Id. refundido (el 3.º nuevo).....	5	v.
Hombre tiple y mujer tenor, c....	3	v.
Empeños de honra y amor, drama.	3	v.
El zapatero de Jerez, d.....	3	v.
Una mujer literata, comedia.....	3	v.
La Roca encantada, melodrama...	4	p. y v.
Un club revolucionario, comedia..	1	p.
Un infierno ó la casa de huésp. c.	3	p.
Aventura de un cantante, z.....	1	v.
La flor de la serrania, z.....	1	v.
—Un auto de prision, z.....	1	v.
—Un jaleo en Triana, z.....	1	v.
Remedio para una quiebra, c. . .	1	v.
El tio Zaratan, parodia.....	1	v.
La mujer de dos maridos, c.....	1	p.
—Un dia de prueba, d.....	3	v.
—Un verso de Virgilio, c.....	3	p.
—El hijo de la Caridad, c.....	3	v.
—Vanidad y pobreza, d.....	3	v.
—Los españoles en Méjico, d.....	3	v.
—Un recluta en Tetuan, c.....	1	v.
—1864 y 1865, Revista.....	1	v.
--La dote de Patricia, fábula lírico- dramática.....	1	v.
—Revista de un muerto, juicio del año 1865.....	1	v.
—Por amor al arte ó la escuela de declamacion.....	1	p.
—Enfermedades secretas, c.....	1	v.
—La Estrella de Belen.....	3	v.
—1866 y 1867, revista.....	1	v.
—D. Carnaval y D. ^a Cuaresma, z....	1	v.
—El café de Venecia, z.....	1	v.

—Los farsantes.....	1	v.
—Consolar al triste.....	3	v.
—¿Quién será el rey? ó Los preten- dientes.....	1	v.
—Las aleluyas vivientes, revista de 1867, prohibida por la censura borbónica.....	1	v.
—El Castillo del Fantasma.....m.	6	p.

NOTA. La propiedad de las obras marcadas con este— signo al márgen, pertenece al autor y las administra el editor de la galeria titulada EL TEATRO. Las que no lleven el mismo signo han sido enagenadas, y su propiedad pertenece á distintas empresas.

segunda cenicienta.
 peor cuna.
 choza del almadrero.
 os patriotas.
 os lazos del vicio.
 os molinos de viento.
 agenda de Correlargo.
 cruz de oro.
 a caja del regimiento.
 as sisas de mi mujer.
 ueven hijos.
 as dos madres.
 a hija del Rey René.
 os extremos.
 frutera de Murillo.
 cantinera.
 venganza de Catana.
 marquesita.
 novela de la vida.
 torre de Garán.
 nave sin piloto.
 os amigos.
 judía en el campamento, ó
 glorias de Africa.
 os criados.
 os caballeros de la niebla.
 escala de matrimonio.
 torre de Babel.
 caza del gallo.
 desobediencia.
 buena alhaja.
 niña mimada.
 os maridos (refundida.)
 mamá.
 l de ojo.
 oso y mi sobrina.
 rtin Zurbano.
 rta y Maria.
 rrid en 1818.
 rrid á vista de pájaro.
 el sobre hojuelas.
 rtes de Polonia.
 atalla! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmenda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquista
 de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, infonso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
 Tod unos.
 Torbellino.
 Una mor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un domine como hay pocos
 Un pollino en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una lección reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocación.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicidal!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

gética y Medoro.
 mas de buena ley.
 cual mas feo.
 dides y cuchilladas
 aveyina la Gitana.
 pido y warte.
 firo y Flora.
 Sisenando.
 na Mariquita.
 n Crisanto, ó el Alcalde pro-
 ceedor.
 n Pasoaal.
 Bachiller.
 doctriño.
 ensayo de una ópera.
 calesero y la maja.
 perro del hortelano.
 ceuta y en Marruecos.
 leon en la ratonera.
 redos de carnava.
 delirio (drama lírico.)
 Postillon de la Rioja (*Música.*)
 vizconde de Letorieres.
 mundo á escape.
 capitán español.
 corneta.
 nombre feliz.
 caballo blanco.
 colegial.
 último mono.
 primer vuelo de un pollo
 re Pinto y Valdemoro.
 magnetismo... ¡animall!
 alifa de la calle Mayor.
 as astas del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diabolo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matiide y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marques.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboadela y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Ojona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondonedó.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrion.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.		V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		J. Ramon Perez.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.		J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.		V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.		J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.		Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.		P. J. Gelabert.
	J. Teixidor.		R. Rios Barrena.
	E. Delmas.		J. Buceta Solla y Comp.
<i>Bejar.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.		J. de la Gámara.
<i>Bilbao.</i>	B. Montoya.		J. Valderrama.
<i>Bérgos.</i>	H. E. Perez.		J. Mestre, de Mayaguez.
<i>Cabra.</i>	V. Morillas y Compañia.		G. Garcia.
<i>Cáceres.</i>	F. Molina.		J. Prius.
<i>Cádiz.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.		M. Prádanos.
<i>Calatayud.</i>	J. M. Eguiluz.		Viuda de Gutierrez,
<i>Canarias.</i>	E. Torres.		R. Huebra.
	J. Pedreño.		J. Gay.
	J. M. de Soto.		J. Aldrete.
<i>Carmona.</i>	L. Ocharán.		I. de Oña.
<i>Carotina.</i>	M. Garcia de la Torre.		A. Garralda.
<i>Cartagena.</i>	P. Acosta.		S. Herrero.
<i>Castellón.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.		C. Medina y F. Hernandez.
<i>Castroviñales.</i>	J. Lago.		B. Escribano.
<i>Ceuta.</i>	M. Mariana.		L. M. Salcedo.
<i>Ciudad-Real.</i>	J. Giuli.		F. Alvarez y Comp.
<i>Córdoba.</i>	N. Taxonera.		F. Perez Rioja.
	M. Alegret.		A. Sanchez de Castro.
	F. Dorca.		P. Veraton.
<i>Coruña.</i>	Crespo y Cruz.		V. Font.
<i>Cuenca.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.		F. Baquedano.
<i>Ecija.</i>	R. Obana.		J. Hernandez.
<i>Ferrol.</i>	M. Lopez y Compañia.		L. Poblacion.
<i>Figueras.</i>	P. Quintana.		A. Herranz.
<i>Gerona.</i>	J. P. Osorno:		M. Izalzu.
<i>Gijón.</i>	R. Guillen.		M. Martinez de la Cruz
<i>Granada.</i>	R. Martinez.		T. Perez.
	F. Perez Fluixá.		I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Guadalajara.</i>	F. Alvarez de Sevilla.		D. Jover y H. de Rodriguez.
<i>Habana.</i>	J. Urquia.		Soler, Hermanos.
<i>Haro.</i>	Miñon Hermano.		M. Fernandez Dios.
<i>Huelva.</i>	J. Sol é hijo.		L. Creus.
<i>Huesca.</i>	J. M. Caro.		J. Oquendo.
<i>Irun.</i>	P. Briebe.		A. Oguet.
<i>Játiva.</i>	A. Gomez.		V. Fuertes.
<i>Jerez.</i>			L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>			
<i>Leon.</i>			
<i>Lérida.</i>			
<i>Linares.</i>			
<i>Logroño.</i>			
<i>Lorca</i>			
		<i>Osuna.</i>	
		<i>Orense.</i>	
		<i>Orihuela.</i>	
		<i>Osuna.</i>	
		<i>Oviedo.</i>	
		<i>Palencia.</i>	
		<i>Palma de Mallorca.</i>	
		<i>Pamplona.</i>	
		<i>Pontevedra.</i>	
		<i>Priego (Córdoba.)</i>	
		<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	
		<i>Puerto-Rico</i>	
		<i>Reguena.</i>	
		<i>Reus.</i>	
		<i>Rioseco.</i>	
		<i>Ronda.</i>	
		<i>Salamanca.</i>	
		<i>San Fernando.</i>	
		<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	
		<i>Santúcar.</i>	
		<i>San Sebastian.</i>	
		<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	
		<i>Santander.</i>	
		<i>Santiago.</i>	
		<i>Segovia.</i>	
		<i>Sevilla.</i>	
		<i>Soria.</i>	
		<i>Talavera de la Reina.</i>	
		<i>Tarazona de Aragon.</i>	
		<i>Tarragona.</i>	
		<i>Teruel.</i>	
		<i>Toledo.</i>	
		<i>Toro.</i>	
		<i>Trujillo.</i>	
		<i>Tudela.</i>	
		<i>Tuy.</i>	
		<i>Ubeda.</i>	
		<i>Valencia.</i>	
		<i>Valladolid.</i>	
		<i>Vich.</i>	
		<i>Vigo.</i>	
		<i>Villanueva y Geltrú.</i>	
		<i>Vitoria.</i>	
		<i>Zafra.</i>	
		<i>Zamora.</i>	
		<i>Zaragoza.</i>	

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.